

Resumen

Con ocasión del cincuenta aniversario de la publicación de la obra de Chomsky, *Lingüística cartesiana* (1966), este artículo trata de averiguar por qué un libro tan impugnado se convirtió en un clásico de la historia de las ideas. El artículo revisa la literatura secundaria más relevante sobre él. Se estructura en una introducción, una sección final, y dos apartados centrales. En lo que a estos se refiere, mientras en el primero se analiza el complejo entramado de motivos que impulsaron y guiaron a Chomsky en la realización de su libro, en el segundo se estudia el enfoque historiográfico desplegado en el mismo y la concepción general de la historia implícita en el proyecto. Concluimos que la investigación de Chomsky, sin pretenderlo y sin hacer ninguna formulación explícita, sino abriendo nuevos ámbitos de discusión e investigación, planteó cuestiones generales y de alcance relativas a la epistemología de la historiografía de la lingüística y de las distintas ramas del conocimiento, y en general relativas a la epistemología de las ciencias sociales. La intensa controversia que suscitó la forma en que Chomsky manejó en *Lingüística cartesiana* estos temas y problemas –de los cuales aquí nos centramos en dos: la relación entre conocimiento e interés, y la historicidad del conocimiento– y el hecho de que el debate aún hoy persista, testimonian la actualidad de la obra.

Palabras Clave

Chomsky, *Lingüística cartesiana*, literatura secundaria, historiografía de la lingüística, epistemología, conocimiento e interés, historicidad del conocimiento.

Abstract

On the occasion of the 50th anniversary of the publication of Chomsky's *Cartesian Linguistics* (1966), the present article aims to determine why such a refuted book became a classic of the historiography of ideas. The article uses a methodology based on the examination of the most relevant secondary literature. It is composed of an introduction, some concluding remarks, and two main sections. As to the central headings, whereas the first analyzes the complex network of Chomsky's motives for the making of the book, the second studies its historiographical approach and the overall conception of history hidden in the project. We conclude that Chomsky's research, though neither purposely or explicitly, but rather opening up new realms of discussion and research, raised major issues regarding the epistemology of the historiography of linguistics and of other branches of knowledge, as well as the epistemology of the social sciences. The passionate controversy provoked by the way *Cartesian Linguistics* envisaged such problems and topics – here we pay special attention to two of them: the relationship between knowledge and interest, and the historicity of knowledge – and the fact that the debate still remains alive, certify the current importance of this work.

Key words

Chomsky, *Cartesian Linguistics*, secondary literature, historiography of linguistics, epistemology, knowledge and interest, historicity of knowledge.



0. Introducción

En 1966 se publicó una obra importante de historia de la lingüística, *Cartesian Linguistics: A Chapter in the History of Rationalist Thought*, de Noam Chomsky. En 2016 se cumplió, pues, el cincuentenario de su publicación. Esta efeméride se revela una buena ocasión para reexaminar con la perspectiva que da el paso del tiempo un libro significativo por diversos conceptos.

Cartesian Linguistics (en lo sucesivo, *CL*) obtuvo una acogida fuera de lo común. Siguieron a su publicación, y a sus traducciones a distintas lenguas, numerosas reseñas y comentarios críticos –la lista completa hasta mediados de los años 1980 se encuentra en Koerner y Tajima (1986: 24-28)–, aparte de muchos otros estudios. Por pertenecer a una disciplina tan específica como la historia de la lingüística, *CL* no parecía destinado a convertirse en el centro del apasionado debate que de hecho generó. Entre los no especialistas, la recepción de *CL* fue “casi histórica” (Aarsleff, 1970: 583)¹; entre los seguidores de Chomsky (Kampf, por ejemplo), lo fue entusiasta; pero, en cambio, “entre quienes estaban mejor informados fue sumamente crítica” (Hamans y Seuren, 2010: 382). Las críticas se acumularon, formando en ocasiones complicadas cadenas de publicaciones². Una significativa mayoría de filósofos, lingüistas, epistemólogos e historiadores de las ideas, al examinar de cerca el libro, advirtieron que su óptica, método y tesis distaban de ser convincentes, poniendo todos de relieve, cortés o ásperamente, la falta de competencia y el partidismo diletante de su autor. Suscitaron viva polémica una serie de pretensiones que constituyen las tesis axiales de la obra. De esta controversia –en la que, por cierto, Chomsky renunció a intervenir– daremos cuenta a través de la revisión de las más importantes reseñas y trabajos que se ocuparon de *CL*. Nuestro objetivo consiste en tratar de averiguar por qué un libro tan impugnado se convirtió, pese a ello, en un clásico de la historia de las ideas. En los dos párrafos que siguen, señalamos la doble clave que, partiendo de la revisión de la literatura secundaria, utiliza el presente artículo para perseguir tal objetivo.

Una de las claves para hallar respuestas la da la contraposición entre versión y concepción de la historia. Este artículo, que aborda el examen de la *concepción* de la historia implícita en *CL*, es la continuación de otro (2017b) que criticaba la *versión* historiográfica, a todas luces fallida, que proponía Chomsky sobre un período de la historia de la lingüística y sobre sus concomitancias ulteriores. “Significación” potencial y “proyecto” desplegado pueden emplearse como sinónimos, respectivamente, de los conceptos de la dicotomía planteada. Con el primero de ellos en mente, suscribimos la observación de Barsky (1997: 105) de que *CL* “es una obra de investigación extremadamente original, y se extiende más allá del área de la lingüística; perdura como aportación al ámbito de la historia intelectual, lo que en ocasiones se denomina historia de las ideas”.

La segunda de las claves, contrariamente a lo que pudiera sugerir el procedimiento de exploración en la literatura secundaria escogido, no consiste en presentar una síntesis de las reacciones ante *CL* y hacer balance. Lo es más bien la selección, análisis y evaluación, de entre las interpretaciones, críticas y elogios más relevantes que recibió el libro, de aquellos puntos que abordan problemas generales y constantes que rondan a la

¹ En este estudio, hemos optado por presentar nuestra versión al español de las citas.

² Así, Verhaar (1971) y Bracken (1970) respondieron, en apoyo de Chomsky, a las críticas de Aarsleff (1970). Entonces, Aarsleff (1971) atacó a ambos, siendo a su vez refutado por Bracken (1972) y Andrews (1979), entre otros.

epistemología de la historiografía de la lingüística y de las distintas ramas del conocimiento y, en general, a la epistemología de las ciencias sociales. Dada la temática que entra en juego, vale la pena tener en cuenta la lectura que Chomsky hace del pasado, así como la forma en que otros estudiosos respondieron a esa lectura (Thomas, 2004: 147).

Si, con todos los defectos evidentes que encierra, *CL* es hoy considerado un clásico, si aún reaviva la preocupación del erudito y la curiosidad del lector culto, es porque, sin pretenderlo y sin hacer ninguna formulación explícita, constituye un ejemplo vivo que recuerda al historiador y al investigador en ciencias sociales la relevancia de cuestiones tales como la relación entre conocimiento e interés y la historicidad del saber. Desde un punto de vista práctico, les recuerda una divisa que debe ser una convicción en su labor: tan importante como el rigor metodológico de la investigación es la pregunta de por qué y para qué investigar. El intenso intercambio de ideas que motivó la forma en que Chomsky enfocó estas cuestiones, y el hecho de que aún hoy sigan sin estar resueltas, atestiguan la vigencia y actualidad de la obra.

1. Motivación superficial y motivación profunda

1.1. Finalidad declarada de *CL*. Observaciones preliminares

El sentido y objetivo expresos de *CL* es recuperar el legado histórico, demostrando también que ese rescate es la mejor forma de hacer ciencia del lenguaje y haciendo ver el error en que incurrieron los “lingüistas modernos”, confinados en su estrecho marco intelectual, al no seguir la tradición que se inició en el siglo XVII. Según Chomsky, caracteriza a la “lingüística moderna” –por la cual entiende el estructuralismo de principios de siglo XX³– la indiferencia u hostilidad hacia la historia de la disciplina (y en particular hacia la *Grammaire générale et raisonnée*, de Arnauld y Lancelot [en adelante, *GGR*], y hacia la gramática general)⁴. En cambio, asegura, la lingüística generativa valora el pasado, especialmente el pensamiento lingüístico de los siglos XVII y XVIII. Para Zimmer (1968: 303), “la exposición de Chomsky de las preocupaciones generales y logros de la lingüística cartesiana es en conjunto considerablemente más acertada que la evaluación casi enteramente negativa que hicieron de ella la mayor parte de lingüistas del siglo XX”.

El espíritu que anima *CL* se entiende mejor si se tiene presente la cita de Whitehead (1925/1958: 40) que abre el libro: “Una descripción breve, y suficientemente precisa, de la vida intelectual de las razas europeas durante los últimos doscientos veinticinco años es que han estado viviendo del capital de ideas acumulado que les proporcionó el genio del siglo XVII”. Con la afirmación de que la “lingüística moderna” se ha alejado de la

³ De manera confusa, a principios de los años 1960, Chomsky y su escuela empezaron a asignar la etiqueta “estructuralista” solo al enfoque rival, reservándose para ellos el término de “generativistas”. Dicho uso prosperó en Estados Unidos, donde “ahora, entre lingüistas, cuando se habla de un «estructuralista», el término se entiende referido a un antichomskiano” (Newmeyer, 1986a: 72). Mucho más adecuado habría sido –pero menos conveniente para los intereses de Chomsky– describir las distintas familias del “paradigma funcional”, y luego designar sin ambigüedades y con lealtad a su oponente.

⁴ Como ejemplos del tratamiento que la “lingüística moderna” da de las gramáticas filosóficas, Robin Lakoff (1969: 343-344, n. 1) ofrece citas de Hockett, Bloomfield y Jespersen en que se critica a la *GGR*.

tradición del saber acerca del lenguaje y de que ha aspirado a constituir una teoría *ex novo*, Chomsky está defendiendo su tesis de que los “lingüistas modernos” no son receptivos a numerosos temas y cuestiones que ya fueron estudiados con rigor y seriedad en la época que abarca los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX. Con su desinterés o abierto menosprecio de las teorías de los estudiosos del lenguaje de ese y otros períodos pasados, y con unos presupuestos intelectuales que les hacen concentrarse en cuestiones muy distintas, los “lingüistas modernos” desaprovechan un fecundo “capital de ideas”. Según Chomsky, muchas cuestiones que despiertan actualmente el interés de los investigadores en el ámbito de la lingüística ya fueron abordadas en la época citada. De no haber desoído a la tradición, parece decirnos, se habría podido avanzar de forma más efectiva en la ciencia del lenguaje. Por ello, Brekle (1969: 91), aun admitiendo los defectos de *CL*, cree que no hay razón para que no exista una aceptación unánime e incondicional de la esencia de la última frase del libro: “un examen cuidadoso de la teoría lingüística clásica, con su teoría asociada de los procesos mentales, puede revelarse una empresa de considerable valor” (Chomsky, 1966: 73).

En su estudio, Chomsky reivindicó la racionalidad de obras como la *GGR* y la *Logique ou l'Art de Penser*, de Arnauld y Nicole (en adelante, *LAP*), situando su origen en Descartes. Con ello, aspiraba a erradicar la noción mal entendida de ciencia y el empirismo dogmático que, según él, habían marcado determinadamente a la investigación lingüística (Kampf, 1967: 404), a la “lingüística moderna” (que, sin indicarlo expresamente, Chomsky identifica con la “lingüística estructural”, y esta a su vez con una rama específica, “taxonómica”⁵, que, con su insistencia en los métodos objetivos de verificación y su antimentalismo, deriva del enfoque conductista y es en gran parte consecuencia de los supuestos filosóficos del positivismo lógico [Searle, 1972/1994: 69-70]). Chomsky pretendía defender una racionalidad en los estudios sobre el lenguaje que no discurriera por los estrechos cauces positivistas e inductivistas, y a tal fin se amparó en las obras de Lancelot, Arnauld y Nicole, entre otros. En opinión de Pariente (1975, 1985: 22), lo que está en juego para Chomsky en las páginas de *CL* es nada menos que la existencia misma de una lingüística cartesiana, la demostración por los hechos de que el cartesianismo está en el origen de una lingüística eficaz, y no simplemente de una filosofía del lenguaje.

Pero todas las nobles motivaciones que hemos desgranado no siempre fueron entendidas en estos términos. De hecho, fueron enérgicamente discutidas debido probablemente al apriorismo y los numerosos vicios estructurales de que adolece *CL*, y a que en realidad sus motivos explícitos esconden otros subyacentes dispuestos a modo de estratos. Chomsky no convocó a la *GGR* “generosamente a la escena de la controversia”, como cree Danto (1975: 11), sino que, antes al contrario, lo hizo estudiadamente y buscando contraprestaciones. A partir de las críticas a las motivaciones que guiaron e impulsaron la investigación llevada a cabo en *CL*, nos proponemos analizar, a lo largo de los tres subapartados que siguen (1.2., 1.3., 1.4.), la estratificación de intereses que los desarrollos del libro envuelven, a través de una exploración que amplía progresivamente el ángulo y la profundidad de la visión.

⁵ Vid. n. 3. El término “estructural” en este contexto se presta a equívocos, sobre todo en Europa. “Había, por supuesto, ya una complicación en definir como «estructural» un enfoque que se consideraba que no trataba de la parte más importante de la estructura, y en negarle el término al enfoque que sí lo hacía” (Hymes, 1974: 22).

Para empezar, Chomsky no precisa los beneficios que se derivarían del estudio del pasado (Thomas, 2004: 110); solo dice que “puede resultar valioso en muchos aspectos el estudio atento de los paralelismos existentes entre la lingüística cartesiana y ciertas corrientes contemporáneas” (Chomsky, 1966: 1). Por otra parte, pasados muchos años de la publicación de *CL*, se hizo notorio que el libro no había alcanzado algunos de los objetivos, declarados o no expresados, que se fijó, algo singular teniendo en cuenta la duración y firmeza de la controversia. En cuanto a los objetivos no expresados, *CL* “ciertamente no convenció a los historiadores de la lingüística de que volvieran a conceptualizar la gramática del siglo XVII como «cartesiana» en los términos de Chomsky” (Thomas, 2004: 119). Según esta autora, tampoco hay evidencia de que lograra el propósito explícito de “atraer el interés de quienes se dedican al estudio de la gramática generativa [...] hacia algo del trabajo poco conocido que tiene relación con sus preocupaciones y problemas” (Chomsky, 1966: 2). Uitti (1969: 80) destaca la relevancia de *CL*, pero duda de “la utilidad de haber proyectado en [la] tradición las mezquinas *querelles de famille* que han dividido en los últimos años a «taxonomistas» y «transformacionalistas» estadounidenses”.

Por otro lado, Chomsky (1966: 72) estima “bastante acertado describir la labor actual [la gramática generativa] como continuación de la tradición de la lingüística cartesiana y de la psicología que subyace a ella”. Sea como fuere, cabe preguntarse qué necesidad tenía Chomsky de buscar antecedentes para su gramática generativa, toda vez que el gran acierto de esta en buena medida “se debe a haber atendido a unas exigencias metodológicas estrictas” que están lógicamente ausentes en los precursores considerados. “[L]o cierto es que la existencia de un antecedente histórico, por ilustre que sea, ni abona ni apoya en ningún sentido la validez de una teoría” (Torrego, 1972: 217). Responder a esta cuestión va a conducir finalmente a la investigación de los estratos de motivaciones en *CL*.

Antes de entrar en materia, primero conviene recordar en un breve inciso los alicientes que Chomsky registra en Descartes y en la “lingüística cartesiana”⁶. En Descartes advierte ciertas observaciones acerca del lenguaje que anteceden a las suyas propias (es decir, el aspecto creador del uso del lenguaje). Asimismo, remarca que el innatismo de los racionalistas del siglo XVII abre la vía a la posibilidad de una gramática general, contrapuesta a la gramática particular. “La doctrina central de la lingüística cartesiana es que las características generales de la estructura gramatical son comunes a todas las lenguas y reflejan ciertas propiedades fundamentales de la mente” (Chomsky, 1966: 59). Así, dicha doctrina postula la existencia de universales del lenguaje no aprendidos, que actúan de limitadores de la variedad de las lenguas y de condiciones de posibilidad de la adquisición del lenguaje. La interpretación de “los principios organizadores que posibilitan el aprendizaje del lenguaje” (59).

“en términos de propiedades innatas de la mente permite explicar el hecho bastante obvio de que el hablante de una lengua sabe mucho más de lo que ha aprendido.

⁶ Un análisis y discusión de esta cuestión y de otras conexas que se exponen seguidamente –la polémica de los generativistas con el descriptivismo y conductismo, el paralelismo que traza Chomsky entre esta controversia y la crítica de la *GGR* a Vaugelas– pueden encontrarse en el estudio de Hildebrandt (1976). La perspectiva que adopta sobre estos temas Hildebrandt es más amplia que la empleada aquí. Su enfoque no es solo histórico; explora críticamente las tesis mantenidas por la gramática generativa y tiene en cuenta textos ulteriores de Chomsky.

Al abordar de este modo la cuestión de la adquisición del lenguaje y de los universales lingüísticos, la lingüística cartesiana refleja el interés que la psicología racionalista del siglo XVII mostró por la participación de la mente en el conocimiento humano” (60).

1.2. La campaña de Chomsky

La indagación en pos de precursores no es enteramente desinteresada; no es búsqueda del conocimiento por el conocimiento. Las concepciones “cartesianas” apuntadas no solo agrupan, según Chomsky, a diversos autores, sino que también constituyen principios básicos que él mismo sostiene frente a comparativistas y descriptivistas (Bloomfield, Hockett...). La versión de la historia que ofrece Chomsky “se proponía sobre todo revalorizar sistemáticamente los enfoques «cartesianos» frente a los prejuicios empiristas, behavioristas e inductivistas de lo que puede llamarse, por comodidad, lingüística «bloomfieldiana»” (Bouveresse, 1979: 421). De los estratos subyacentes de motivación, este es el más externo.

Partiendo de una cita del gramático racionalista Beauzée, según el cual las gramáticas generales se proponen, más que la descripción de los hechos de las lenguas particulares, su explicación según principios inmutables y generales del lenguaje, Chomsky (1966: 52-57) considera que dichas gramáticas reaccionaron ante el descriptivismo de su época y lo superaron. En oposición al “puro descriptivismo” representado por Vaugelas, la *GGR*

“no solo se preocupa de registrar el uso y describirlo, sino también de explicarlo. Para explicar los fenómenos lingüísticos es necesario establecer los principios generales de los cuales derivan. En consecuencia, la gramática debe ser «general» y «razonada» al mismo tiempo” (Chomsky, 1965b: 15).

Pese a que los análisis de la gramática filosófica tienen, para el lingüista estadounidense, un alcance limitado, *ad hoc*, e insuficientemente justificado, elogia el compromiso de la gramática universal de los siglos XVII y XVIII con la explicación del hecho lingüístico, que, a su juicio, hizo progresar el estudio del lenguaje más de lo que lo haría la “lingüística moderna” (Chomsky, 1966: 57-59). Chomsky percibe, en el debate que opone la gramática filosófica al “puro descriptivismo” de gramáticos como Vaugelas, una prefiguración del antagonismo que la lingüística del momento (es decir, generativa) le declaró a interpretaciones de fundamento mecanicista, asociacionista, que abordan la producción del habla como una imitación o, en el mejor de los casos, como una creación por analogía, que relacionan los procesos lingüísticos con un problema de comunicación en el cual las emisiones y recepciones han sido previamente codificadas y son susceptibles de estudio mecanizado. Chomsky sustituye esta visión –reductora del lenguaje a relaciones condicionadas de estímulo-respuesta– por una explicación genética: cada discurso es el resultado de una innovación que presupone, en el hablante, una capacidad creativa que sería innata. “[L]a lingüística cartesiana –tanto en su versión del siglo XVII como en la generativista– reconoce el elemento incondicionado del uso del lenguaje, y *sitúa ese hecho en el centro de su epistemología*” (Thomas, 2004: 111; la cursiva es nuestra). En lo que respecta a la *GGR*, Chevalier (1968: 505) había ya extraído la misma conclusión: la *GGR* “considera la lengua, no como un agregado, un proceso de asociación, sino como una organización, como una creación”. Aunque no lo exprese abiertamente, Chomsky acepta los datos del problema tal como son formulados por la gramática filosófica, pero, basándose en un aparato de formalización mucho más poderoso, espera triunfar allí donde la gramática general fracasó, esto es,

en la descripción de los procesos que permiten “de faire de la pensée” (Chevalier, 1970: 151) por la mediación del lenguaje.

Descendiendo de las declaraciones programáticas a los resultados efectivos que *CL* obtuvo, es preciso recapitular algunas de las conclusiones a que llegamos en una investigación previa (2017b). Que el inicio de la tradición de la “lingüística cartesiana” Chomsky lo situara en el siglo XVII, y no en el Renacimiento (con la *Minerva* de Sanctius, por ejemplo) o en épocas anteriores, siendo, como era, consciente de la importancia de estos antecedentes, indica que el autor imprimió una unidad *a priori* a su obra. De ahí las omisiones, los defectos, la ignorancia y el descuido denunciados por Aarsleff (1970; 1971) y Joly (1977), el uso parcial y poco objetivo (Aarsleff, 1970) que Chomsky hace de la literatura secundaria, y las interpretaciones en muchas ocasiones equivocadas y sesgadas (cf. Zimmer, 1968, entre otros) a que somete a los autores (o más bien, constelación de autores). Tal unidad es facticia porque Chomsky excluye con plena conciencia a Sanctius, a Locke y a Condillac, e incluye bajo el epígrafe de “lingüística cartesiana” a otros que, como sabe y admite (Chomsky, 1966: 2; 75-76, n. 3), se resisten a ser definidos con rasgos cartesianos (por ejemplo, la lingüística romántica alemana) y que se habrían alineado decididamente en contra del filósofo francés. Es facticia también porque Chomsky sitúa su origen en observaciones de Descartes acerca del lenguaje que, según los críticos y según él mismo (2) reconoce, son demasiado oscuras y demasiado escasas⁷. Lo es también porque establece una frontera improbable entre el empirismo y el racionalismo: Salus (1976: 91), que sigue a Aarsleff, comenta: “[Locke] no es el empirista duro que se suele representar. [...] Descartes, Locke y Leibniz [están] más cerca de lo que permiten pensar los estudios del siglo XIX y XX. [...] Las escuelas y opiniones no están tan claramente separados como al público le gustaría”. De este modo, a costa de omitir voces que puedan quebrar una coherencia preconcebida y, por tanto, de no respetar unas elementales normas metodológicas, Chomsky logra la unidad histórico-conceptual que necesita para su designio de desmontar los errores de los “lingüistas modernos”. El omnipresente apriorismo del pensamiento de Chomsky es patente también en la sección sobre la adquisición y uso del lenguaje. Así, la proposición de las ideas innatas “era un lugar común desde la antigüedad y la especulación medieval, y no fue un descubrimiento especial de Descartes o de los *grammairiens philosophes*” (Hall, 1969: 227).

Como expusimos en otro lugar (2017b: 26-28), determinadas posiciones que defiende Chomsky (acerca del innatismo, de Vaugelas, etc.) están teñidas de anacronismo. El propio afán, constitutivo de *CL*, de proyectar sus teorías en períodos anteriores es apriorístico y anacrónico en sí mismo. Su visión histórica resulta, por tanto, también por esta razón, una visión sesgada. En esta perspectiva, conviene tener presente aquí que “Vaugelas no es de ninguna manera comparable con Bloomfield o con Harris, Hockett, o cualesquiera otros de los «neobloomfieldianos» a quienes los transformacionistas gustan de desacreditar como «meros taxonomistas»” (Hall, 1969: 227). “El término «puro descriptivismo» no parece particularmente apto como caracterización de la actitud de Vaugelas ante el uso” (Percival, 1968/1976: 381). Si de todos modos se persiste en denominarlo así,

⁷ Basándose en una amplia bibliografía, Dominicy (1984: 14) defiende que hay una distancia considerable entre afirmar que “Descartes nunca desarrolló sus ideas sobre el lenguaje de manera tan sistemática como Locke, Condillac, o incluso Leibniz”, y concluir, como hace Joly (1977: 167), que no tuvo “ninguna preocupación de orden lingüístico”.

entonces igualmente son puros descriptivistas los autores de la *GGR*, “ya que también aceptaron la clásica visión del papel del uso en la descripción gramatical” (381-382).

Como asimismo dejamos asentado en el trabajo anterior sobre *CL* (2017b), los yerros, extravíos, confusiones y lagunas que recorren *CL* no son inocentes, y hay una considerable dosis de “mala fe” en su producción. Esta conciencia es quizá lo que ha llevado a algunos autores a sugerir que el interés que Chomsky muestra por la *GGR* y por otras teorías racionalistas del lenguaje quizá se explique

“menos por un interés intrínseco en la historia de las ideas o por un deseo de desvelar sus propios antecedentes intelectuales, que por un propósito de difundir en un público lo más amplio posible un esquema conceptual viable que pueda servir como alternativa al marco epistemológico dominante del empirismo behaviorista” (Rieux y Rollin, 1975: 20).

Existen indicios de varios tipos para dudar de que *CL* sea una obra dirigida a los historiadores de la lingüística (Laborda, 2014: 80), y de que incluso lo sea a los historiadores en general. Dichos indicios se localizan sobre todo en el subtítulo, en la introducción y en las conclusiones. En cuanto al primero (“Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista”), Chomsky desliza en él que no ha querido producir historiografía de la lingüística. En la introducción (Chomsky, 1966: 1-3), y también en el párrafo que cierra el libro (73), Chomsky hace un uso pródigo del artificio (del que ya tratamos, cf. 2017b: 13-14, 27 n. 38, 34-35) consistente en señalar los numerosos e importantes puntos flacos de su propia exposición para defenderse de las críticas concediéndolas por anticipado, y así salvaguardar la obra en su globalidad. Esta figura retórica, denominada “concesión”, si algo indica, es la debilidad de los planteamientos historiográficos de la propuesta de Chomsky: las autoobjeciones que el lingüista estadounidense avanza son hasta tal punto radicales que ponen en entredicho la validez del conjunto del trabajo (Laborda, 2014: 79). Asimismo, en la renuncia de la introducción a “caracterizar a la lingüística cartesiana tal y como se veía a sí misma” (Chomsky, 1966: 2) puede identificarse un rechazo a investigar en el ámbito de la historia del pensamiento o de las ideas lingüísticas. En lo que se refiere a la conclusión, en su último párrafo, Chomsky (73) realiza una serie de declaraciones insólitas acerca de su forma de entender la investigación que chocan de lleno con los principios metodológicos fundamentales de la historiografía (Hall, 1969: 229; Laborda, 2014: 81). Sin embargo, juicios tan severos no le impidieron publicar su trabajo ni tampoco le sirvieron para rehacerlo con nuevos criterios en una versión futura más acabada (Laborda, 2014: 79).

Los elementos arriba referidos se integran en una estrategia retórica que recubre toda la obra⁸. La admisión tácita de Chomsky de no estar haciendo investigación histórica ni de estar dirigiéndola a los historiadores funciona como coartada en el objetivo de conseguir que *su interpretación, su enfoque y su concepción de la historia de las ideas lingüísticas* sean inatacables. Se trata de convencer de que no se está haciendo historiografía de la lingüística para poder instilar la historiografía poco rigurosa que efectivamente se está haciendo,

⁸ Recurrimos reiteradamente en este trabajo a términos militares (“campaña”, “batalla”, “estrategia”, “táctica”, “maniobra”, “combate”, etc.) para designar el conjunto de acciones (de las cuales forma parte clave la retórica) que emprendió Chomsky para hacer prevalecer sus ideas y teorías. Justifican este uso tanto el indisimulado carácter “combatiivo” (manifiesto, por ejemplo, en el uso de términos como “revolución”) que el lingüista estadounidense imprimió a su quehacer y obra, como el hecho de que estos se desarrollaran por aquellos años en el contexto de las llamadas “guerras lingüísticas” (cf. Harris, 1993).

blindándola ante posibles ataques que pudieran emprenderse contra ella en nombre de la práctica de una historiografía seria. A su vez, paralela y subyacentemente, la falta de rigor facilita la consecución de otros fines que nada tienen que ver con la investigación histórica. Como se comprueba, la disposición que estamos describiendo es la de una sofisticada maquinaria pragmática de persuasión. Más adelante, volveremos a tratar de este rasgo tan característico del libro que nos ocupa.

En este contexto, es pertinente traer a colación, a título de ejemplo, la omisión de Locke en *CL*. Esta ausencia, recalca Aarsleff (1970: 570), muestra cómo Chomsky no pretende hacer historia de las ideas lingüísticas, sino defender las concepciones de la gramática generativa moderna, apoyándose en la que considera su propia tradición, el racionalismo del siglo XVII, e interpretando de forma interesada y escasamente objetiva a los autores que decide agrupar bajo esa etiqueta. Dar entrada a Locke habría supuesto, entre otras cosas, cambiar el título del libro, despojar a éste del carácter de crítica a los “lingüistas modernos” descriptivistas y comparativistas, herederos de la tradición empírica inglesa, asumir otros supuestos y principios: en fin, trastocar toda la obra y hacerla totalmente diferente de la que es. Aarsleff (1974: 117) interpreta —quizá exageradamente— que estas circunstancias explican que en su teoría y obra Chomsky asigne a Locke el papel de villano o le presente como ignorante en asuntos de teoría lingüística.

Como en tantas ocasiones, Chomsky establece una serie de equivalencias destinadas a construir una simetría que le resulta muy conveniente: por un lado, dispone, en un solo bloque, el racionalismo y su propia teoría; por el otro, separado por una clara demarcación y enfrentado al primero, un compacto segundo bloque formado por el empirismo, conductismo y estructuralismo (la “lingüística moderna”). Sin embargo, el primer bloque, como hemos mostrado, no es tal. La existencia del segundo, así como de la línea divisoria, es igualmente discutible. Según George Lakoff (1973),

“Chomsky ha transmitido la impresión de que la lingüística estructural estaba necesariamente ligada al conductismo, mientras que la gramática transformacional era necesariamente racionalista. Esto es falso, aunque la mayoría de popularizadores de Chomsky no hayan hecho ningún comentario al respecto”.

Haciendo uso por partida doble de la sinécdoque (mencionar el todo para hablar de la parte), Chomsky estableció falsas igualdades entre términos de extensiones conceptuales distintas. Las igualdades entre los conjuntos (ordenados de mayor a menor extensión) a que Chomsky alude son: “lingüística moderna” = lingüística estructural = lingüística conductista y taxonómica. G. Lakoff, en particular, le reprochó a Chomsky que caracterizara la lingüística estructural como fundamentalmente conductista y taxonómica. “Esta es una visión equivocada de un terreno amplio, diverso e interesante” (G. Lakoff, 1973) (*vid.* nn. 3 y 5). O, como veremos enseguida, fruto de una actitud de deliberada ambigüedad que se afana por desdibujar los perfiles conceptuales creando una suerte de niebla terminológica que favorece sus propósitos. El hecho es que la corriente taxonómica-conductista solo fue una de las muchas tendencias del estructuralismo estadounidense y europeo (de lo que se denomina “funcionalismo” o “paradigma funcional”). Bloomfield y Hockett, destacados lingüistas estructurales que podrían ser adscritos hasta cierto punto a la corriente taxonómica-conductista, no fueron en absoluto representantes típicos del vasto espectro de estructuralistas estadounidenses y europeos. Figuras como Boas, Sapir, Jakobson, Pike, Weinreich, Bolinger y Greenberg

“nunca tuvieron mucha inclinación, si es que tuvieron alguna, hacia el conductismo. Sus intereses y teorías lingüísticas iban mucho más allá de la mera taxonomía y se extendían a áreas como los universales lingüísticos, la relación entre lenguaje y cultura, la variación dialectal, la interferencia translingüística, el lenguaje ritual, la poética, y muchas, muchas más. Cuando la gramática transformacional eclipsó a la lingüística estructural, también eclipsó muchas de estas preocupaciones, para gran perjuicio de la disciplina” (G. Lakoff, 1973).

Teniendo en cuenta la evidencia expuesta, no es exagerado aseverar que *CL* constituye sobre todo un texto propagandístico, clave en la campaña que se propuso sustituir definitivamente un esquema conductista-comparativista en lingüística por uno generativo-transformacional⁹. A tal propósito contribuyen artificios retóricos como la reiterada identificación que Chomsky (1966: 2, 39) realiza de su propia teoría e investigación con el trabajo “actual” o “contemporáneo” (73) que se llevaba a cabo en lingüística por aquellos años. Recurre de esta forma a la referida sinécdoque consistente en nombrar el todo para referirse a la parte, con la consiguiente elevación de esta al rango de aquel. El resultado es que nunca queda claro en *CL* quiénes son los contendientes, sobre todo no queda claro cuál es el oponente de la gramática generativa. Chomsky nunca realiza una adecuada descripción del “paradigma” que considera rival del suyo, y mucho menos de su filiación. Un uso intelectualmente íntegro habría sido definirlos con claridad y denominarlos de forma consecuente. Pero prácticas como esta habrían convertido precisamente a *CL* en un texto académico que investiga la verdad histórica, es decir, en un texto muy diferente al que de hecho es. En realidad, *CL* está trufado de ardidés retóricos que Chomsky explota a conciencia en su operación publicitaria¹⁰. Uno de ellos es la polisemia latente no reconocida de términos como “creativo”: “Un número ilimitado de enunciaciones nuevas es, por supuesto, posible, pero novedad no es creatividad” (Hall, 1969: 225). La tesis de que el carácter propagandístico es esencial a *CL* se refuerza si aceptamos el punto de vista de Hall (227) que rechaza por infundada la pretensión de Chomsky de que su teoría posee mayor poder explicativo que el descriptivismo.

⁹ Harman (1968: 234) cree que Chomsky, en las secciones “Estructura profunda y superficial” y “Descripción y explicación en lingüística”, es innecesariamente duro al juzgar a los “lingüistas modernos”. Harman aduce que la razón de que esos “lingüistas modernos”, blanco de los ataques de Chomsky, se vieran forzados a menospreciar a la gramática universal por carecer de base científica reside en que esta no logró, en toda su historia, sistematizar de forma explícita y satisfactoria sus ideas. Los “lingüistas modernos” no consiguieron aplicar el método científico a ninguna de esas áreas de estudio; ello habría supuesto justamente el desarrollo de la gramática generativa. No se les puede culpar de no haberla anticipado de modo explícito. Harman concluye su reivindicación de los “lingüistas modernos” y de lo fundado de sus razones con unas breves líneas, en las que afirma que lo que hizo Chomsky fue mostrar el camino para solventar las quejas de esos lingüistas respecto al carácter escasamente científico de la gramática universal, no demostrar que sus quejas no estuvieran motivadas. Hall (1969: 229, n. 79) incide en la misma cuestión que Harman, argumentando que los reparos que Chomsky (1966: 101, n. 83) pone a Bloomfield no están suficientemente justificados.

¹⁰ La retórica (en el sentido de “sofistería”) parece algo consustancial a la escritura de Chomsky. Lamb (1967) observa en relación con obras anteriores de este autor: “Desfile de argumentos especiosos, [*Aspects of the Theory of Syntax*] hace un abundante uso del recurso del significado cambiante, que el autor ha desarrollado a un alto grado de refinamiento. La esencia de este recurso es el deslizamiento de los términos de un significado a otro. Complementado por la estrategia adicional consistente en desplazar significados de un término a otro, el recurso es usado en ataques a oponentes reales o imaginarios en simulacros de combate montados para la ocasión” (citado en Hall [1969: 224, n. 59]). En *CL*, se reproduce el mismo enredo, como ya notó Aarsleff (1974: 150, n. 92) a propósito de “innato”, “innatismo”, “ideas innatas”, “racionalista” y “racionalismo” (vid. Pamparacuatro, 2017b: 28-29). Harris (1993) alude a las falacias y argucias que empleó habitualmente Chomsky en su guerra contra los bloomfieldianos, Skinner, los semánticos generativos... (por ejemplo, la falacia del hombre de paja, la descontextualización y tergiversación de textos del adversario, etc.) (cf. las dos “sinécdoques” que acabamos de explicar en este trabajo). La impresión de que Chomsky no combate limpiamente y de que recurre a todos los trucos posibles (“every trick in the book”) “es bastante extendida” (Harris, 1993: 152).



Al señalar precursores históricamente respetables para la gramática generativa, Chomsky pudo tener al mismo tiempo otras motivaciones secundarias y asociadas a la principal, motivos de orden suplementario menos evidentes, o, si se quiere, más profundos, que explican que, a mediados de la década de 1960, se volviera hacia el pasado y forjara el concepto de “lingüística cartesiana”. Breva-Claramonte (1983: 1) denomina a esa aspiración “empeño en buscar seguridad, si no paternidad conceptual, en el pasado”. En palabras de Joly (1977: 190):

“La indagación de los orígenes, esta búsqueda del «padre» tan vigorosa en la tradición americana, ciertamente ha sido una motivación profunda. Reivindicar como antepasados lejanos a Descartes, Port-Royal y a algunos otros cartesianos, era otorgar títulos de nobleza a la gramática generativa transformacional. Suponía, al mismo tiempo, la ruptura definitiva con el distribucionalismo del cual la gramática generativa procedía realmente. La garantía cartesiana representaba así un arma contra lo *repudiado*, a saber, la lingüística de Bloomfield y la psicología conductista”.

El modo apresurado y confuso con que Chomsky estudia las obras que presenta tal vez se explique por el entusiasmo que pudo haber experimentado al descubrir los textos que parecían avalar sus propósitos. La elección de esta paternidad oculta aún otra significación ideológica. Para tomar al cartesianismo como referencia, es preciso que haya percibido, aun vagamente, alguna afinidad entre su teoría y el sistema de Descartes:

“Intensamente marcados por el razonamiento matemático, los dos cursos son esencialmente deductivos y desembocan en el mismo tipo de explicación estrechamente mecanicista de los fenómenos. Porque la gramática generativa transformacional es una forma de neomecanicismo. Por recuperar una comparación de Molho, la descripción del lenguaje que hace Chomsky es al funcionamiento real del lenguaje lo que la máquina volante es al pájaro, es decir, en términos cartesianos, lo que el hombre máquina es al hombre” (190)¹¹.

Joly afila su ataque, haciendo una crítica demoledora a lo que supone que Chomsky tenía en mente cuando hablaba de “revolución cartesiana”. Joly (170-176) argumenta que Descartes no supuso revolución alguna en los ámbitos epistemológico y científico. El aporte esencial de Descartes, concluye Joly (176), “consiste en haber renovado la cultura verbal y especulativa de la filosofía tradicional”.

“Lejos de haber sido el autor de una «revolución» intelectual, [Descartes] se sitúa fuera del contexto epistemológico y científico de su tiempo. Su reputación como sabio y como epistemólogo es un mito al cual sorprende ver que Chomsky haya otorgado el menor crédito”.

La heterodoxa perspectiva de Joly sobre Descartes rompe con la tradicional que viene sosteniendo la historia de la filosofía y de la ciencia, y por ello, paradójicamente, es susceptible de motivar una polémica potencialmente mayor que la que provocó CL. Por esta razón, y porque entendemos que Joly le está atribuyendo a Chomsky un punto de vista que este no sostenía, aquí solo queda apuntada tan compleja cuestión. Como indica

¹¹ En un claro eco de esta visión, recurrimos en este trabajo varias veces al símil de la máquina para describir el conjunto de recursos y procedimientos de persuasión y propagandísticos que pone en juego Chomsky en CL. Efectivamente, Chomsky tiene una concepción utilitarista y “eficientista” también de su propia retórica como artefacto orientado a atraerse a un público amplio. La “máquina”, junto con la “guerra” (*vid.* n. 8), son más que símiles; son rasgos consustanciales a la actividad y a la teoría chomskianas.

Bouveresse (1979: 426), los trabajos históricos de Chomsky no guardan relación con el problema de si Descartes representa o no el nuevo espíritu científico.

1.3. La legitimación de la teoría y el enfoque lingüísticos

Chomsky no convirtió a Descartes en el centro de su epistemología solo por el paralelismo que pudiera interesarle ver entre la “revolución cartesiana” y su propia “revolución” en lingüística. Ni tampoco, aunque sin duda cruciales, fueron suficientes para seducirle las concepciones que los cartesianos sostuvieron acerca del lenguaje. Aunque no lo admita o no se percate de ello, por lo que verdaderamente y en el fondo apuesta Chomsky no es por el racionalismo y el rechazo del empirismo y conductismo, sino por el idealismo y por el rechazo del materialismo. Por decirlo así, Chomsky asume el idealismo bajo la cobertura de *un* racionalismo, y no simplemente *del* racionalismo. Esta afirmación se entiende mejor si se tiene presente que “no siempre van unidos el racionalismo y el idealismo, [ya que] hay un materialismo racionalista y un idealismo empirista” (Meisel, 1974: 28). Más específicamente, Chomsky apuesta por el dualismo idealista, para el cual el mundo está compuesto de entidades de dos clases radicalmente diferentes: material y espiritual, de cuerpos y almas; una visión de la que Descartes es el máximo exponente¹². Como observa Meisel (28), en *CL* aparecen comentados los filósofos que pertenecen a la tradición racionalista idealista. No se menciona en esa obra a un destacado representante del materialismo (monista) racionalista como Spinoza, “un hecho que puede llevar a sospechar que [Chomsky] se refiere al idealismo cuando habla del racionalismo” (29)¹³. Por otra parte, como el mismo Chomsky (1966: 62-63) reconoce, la psicología “racionalista” del siglo XVII (especialmente la que expone Herbert de Cherbury) que subyace a la “lingüística cartesiana” constituye “una especie de platonismo sin preexistencia”. Una prueba adicional de que no es el racionalismo lo que le interesa a Chomsky es que, “por alguna razón, generalmente prefiere hablar de innatismo en vez de [hablar de racionalismo]” (Aarsleff, 1974: 118). El lingüista estadounidense se sustrae (encubiertamente) al racionalismo al ocultar “por completo el aspecto profundamente racionalista del pensamiento de Locke” (Bouveresse, 1979: 422). En apoyo del “racionalismo” de los empiristas, Aarsleff (1970: 576) recalca: “Ni Locke ni Condillac supusieron nunca que la razón y su manifestación en la reflexión no fueran innatas; en la línea de la ciencia nueva y de Newton, no se interesaban por el PORQUÉ sino por el CÓMO”. “Una lectura del *Essay [Concerning Human Understanding]* por sí misma basta para convencerse de que Locke no fue el tipo de empirista que se nos ha dicho generalmente que es” (Aarsleff, 1974: 118). Contrariamente a la imagen que los círculos conservadores victorianos han dado de él –juzga Aarsleff (118)–, Locke fue con toda seguridad un pensador racionalista, si entendemos por racionalismo la doctrina de que la razón es el origen principal del conocimiento cierto y riguroso. Descartes, y no el racionalismo como tal, es el verdadero aliciente para Chomsky, como lo indica el papel secundario que en *CL* se le concede al racionalista Leibniz, cuya importancia “en la historia del pensamiento lingüístico es, sin duda, incomparablemente mayor

¹² Cf. Pariente (1975, 1985: 47-48).

¹³ Meisel (1974: 29) especifica y aclara: “Spinoza criticó el idealismo de Descartes y afirma que nuestro conocimiento del mundo es resultado del reflejo del mundo en nuestra mente. Sigue siendo racionalista por cuanto atribuye solo a la mente la capacidad de reconocer la verdad”.

que la de Descartes y, lo que es más, vinculada a preocupaciones y convicciones más bien anticartesianas” y plasmada en notables contribuciones a la lingüística empírica propiamente dicha (Bouveresse, 1979: 425).

Es, pues, fundamentalmente, por su dualismo idealista por lo que Chomsky ubica a Descartes en el centro de su epistemología. Desde esta perspectiva es como deben contemplarse ciertas características esenciales del estilo de pensamiento de Chomsky. Así, la polémica –sobre la que nos hemos extendido– que el autor emprende contra la lingüística bloomfieldiana (“taxonómica” y antimentalista) y su defensa de la posición diametralmente opuesta según la cual “la lingüística debe esforzarse por describir la realidad subyacente a los datos observables y por tanto presentarse explícitamente como una teoría psicológica” (427). Así también, el reproche que el lingüista estadounidense hace a la ciencia contemporánea por su propensión a condenar como metafísicas y no científicas ideas y especulaciones tradicionales y por su reluctancia dogmática a aceptar el valor y fecundidad que, según él, atesoran dichas ideas¹⁴. Otro rasgo destacable es el empeño en rehabilitar doctrinas del pasado con el argumento de que aportan los principios de una psicología racional en la cual la lingüística debe acabar integrándose.

Así pues, como sugieren estas notas, lo que está en juego para Chomsky en la opción por el dualismo cartesiano idealista es la posibilidad de legitimación del supuesto epistemológico fundamental de su teoría lingüística. Esta prolongación de la visión en el examen de las motivaciones de Chomsky y de los fines que persigue en *CL* al reivindicar la paternidad intelectual de Descartes es de enorme alcance. El ánimo justificador del lingüista estadounidense le impulsó a recuperar “las concepciones idealistas que veían el lenguaje como una actividad del espíritu «puro»” (Albrecht, 1975: 81). Su teoría lingüística considera la mente como un ente espiritual separado de la materia, en vez de entenderla como la función o conjunto de funciones de un sustrato orgánico; dicha teoría tampoco tiene en cuenta los factores históricos, sociales o culturales necesarios para explicar el lenguaje. Muy temprano, Thompson (1969) atacó a la gramática transformacional tachándola de “gramática innata implantada por Dios”¹⁵. Como en algunas ocasiones se puso de manifiesto, Chomsky no llega a esclarecer qué género de realidad le corresponde a la estructura profunda (Hannaford, 1970: 249). Esta cuestión constituye el núcleo de la disputa de Chomsky con los semánticos generativos, que marcó una época en la historia de la lingüística. Lo cierto es que Chomsky “nunca ha propuesto ideas lo suficientemente específicas de cómo sería el componente semántico” (Meisel, 1974: 34). La teoría sobre el componente semántico en la gramática de Chomsky ha sido tildada de “radicalmente inadecuada” y “demasiado pobre” en relación con los objetivos que se fijan para ella (Searle, 1972/1994: 86). Por su parte, Hall (1969: 226) cuestiona la validez de la distinción entre estructura profunda y superficial, añadiendo (226, n. 67) que hipostasiar la

¹⁴ En una lectura tendenciosa, Chomsky solo retiene de Whitehead la admiración por el siglo XVII (*vid. supra* la cita de Whitehead). Sin embargo, en el ensayo de Whitehead, solo unas páginas después, puede leerse que “[e]l enorme éxito de las abstracciones científicas” logrado en ese siglo ocasionó la separación de materia y mente, conduciendo a la pérdida a la filosofía moderna, inducida erróneamente a confundir nuestras construcciones mentales con realidades concretas, a dotar “de concreción equivocada [*misplaced concreteness*] al proyecto científico del siglo XVII” (Whitehead, 1925/1958: 57). Hannaford (1970: 247) se basa en esta tesis (cuya plausibilidad no entramos a juzgar) para calificar de grave inconveniente el recurso actual al legado del siglo XVII como fundamento de una filosofía del lenguaje. De modo análogo a como se comportaron los filósofos de aquella época en relación con los modelos científicos (según Whitehead), Chomsky atribuye realidad concreta a sus propias teorías sin atender a los hechos.

¹⁵ Citado en Meisel (1974: 28).

estructura profunda “y luego reificarla y tratarla como una constante objetiva en la propia teorización, es un quebrantamiento elemental de todo método científico y filosófico” (cf. n. 14). Equiparar la estructura profunda al concepto de los “mouvements de notre ame” (Arnauld y Lancelot, *GGR*: II I: 27) equivale a privar a aquella de cualquier posibilidad de estudio objetivo científicamente válido (Hall, 1969: 227).

En definitiva, al abordar el estudio del lenguaje, los idealistas lo consideran un objeto inmaterial (ideal o abstracto) autosubsistente, como una creación humana que ha alcanzado autonomía. Se concentran en las gramáticas y pasan por alto las características biológicas y sociales del lenguaje. Chomsky ha sido, según el epistemólogo Bunge (1998: 58), el representante contemporáneo más eminente de este enfoque idealista. En cuanto al enfoque naturalista que adoptó más tarde Chomsky (1995), vale la pena que nos detengamos un tanto en su examen y refutación. El naturalismo del lingüista estadounidense es de hecho otra cara del dualismo cartesiano mente/cuerpo. Aunque contamos con buenas teorías sobre el lenguaje y la mente, opina Chomsky (1995: 11), acerca de la relación de estos con el cerebro solo tenemos ideas rudimentarias. Nuestro autor supone que “las teorías computacionales de la facultad lingüística del cerebro” (11), que “están fundamentadas más sólidamente desde el punto de vista del naturalismo científico”, procurarán perfeccionar cada una de las dos perspectivas (la mental-lingüística y la cerebral) con vistas a lograr una unificación más significativa (11-12). Es este un objetivo que conlleva “problemas típicos” (11). A nuestro entender, recuerda demasiado la preocupación de Descartes (autor que de nuevo glosa Chomsky [9]) por hallar de qué manera se relacionan alma y cuerpo-máquina en el hombre (una cuestión que el filósofo no aclaró suficientemente y que sería conocida con el nombre de “problema de la comunicación de las sustancias”). Considerado críticamente, el enfoque naturalista, o biolingüístico, como luego lo llamará Chomsky (2006), estudia el lenguaje como una entidad natural (o instintiva [Chomsky, 2006])¹⁶ obviando que es un instrumento de comunicación simbólica y, como tal, provisto de una dimensión cultural, social e histórica. Esta eliminación marca nada más y nada menos que la distancia que separa al naturalismo del materialismo científico (cf. Bunge, 2010: 131)¹⁷. Añádase que Chomsky solo presenta un programa; no ofrece hallazgos específicos ni explicaciones sobre fenómenos lingüísticos observables. Su propuesta es una revisitación de su psicología cognitiva (*vid. infra*) y computacional de siempre, esto es, neomecanicismo, dualismo, teoría no apoyada en hechos.

El marco legitimador cartesiano que se consagra en *CL* ha configurado, pues, toda la carrera de Chomsky. Esta muestra cómo la ontología precientífica idealista en que se basa la teoría lingüística y que la legitima, asimismo determina y justifica la perspectiva de los análisis, el tipo de preguntas e hipótesis que se plantean y de investigación que se proyecta. Tradicionalmente, una de las razones para defender el dualismo mente/cuerpo cartesiano ha residido en que, mientras la materia solo puede estudiarse desde el exterior, a nuestras almas tenemos acceso directo mediante la introspección (Bunge, 2010: 7). Así, Chomsky no se interesa por lo

¹⁶ El enfoque biolingüístico, en formulación de Chomsky (2006: 64), adopta “la visión modular del aprendizaje”, “la conclusión de que en todos los animales el aprendizaje se basa en mecanismos especializados, «instintos de aprender» en modos específicos”, y “[s]ugiere que pensemos estos mecanismos como «órganos dentro del cerebro» que conforman estados en los que se realizan clases específicas de computación”. Por esta definición comprobamos en realidad que tal enfoque constituye un reduccionismo naturalista y mecanicista.

¹⁷ Muchos naturalistas comparten algunos principios del materialismo científico, pero la tesis de que “no hay nada fuera de la naturaleza o de la sociedad es distintiva del realismo científico”. “Esta tácita extensión de la realidad [...] resalta la emergencia y sugiere un universo de múltiples capas y la limitación concomitante de la estrategia reduccionista” (Bunge, 2010: 131-132).

observable; estudia una realidad mental, el conocimiento que un hablante tiene de su lengua, no investigando a hablantes concretos, sino elaborando abstracciones (el hablante-oyente ideal). El problema, reiterémoslo, es que la tenaz creencia en un “espíritu” o “alma” inmaterial pone trabas al estudio objetivo del lenguaje (Hall, 1969: 226). Una teoría que parte de supuestos idealistas, en vez de combinar la lingüística pura con la empírica, prescindirá de la segunda (neurolingüística, psicolingüística, sociolingüística...), que estudia hablantes reales y comunidades lingüísticas, para ceñirse exclusivamente al estudio de las lenguas como sistemas abstractos o al del hablante-oyente ideal. En otros términos, una teoría como la descrita es una rama de la psicología cognitiva. Por ello, a la gramática generativa de Chomsky se le ha calificado de “teoría ahistórica de la mente” (Meisel, 1974: 33), de conglomerado de “construcciones vacías” y especulativas (Albrecht, 1975: 80), de “nada más que ficciones, indemostrables e innecesarias” (Hall, 1981/1987: 106), “que ciertamente merecen el adjetivo de *pseudocientíficas*” (112). De exposiciones “solo útiles cuando se trata de cebar una máquina electrónica de traducir, pero que no añaden prácticamente nada nuevo a lo que ya sabíamos” (Alarcos, 1970, 1984³: 10). Tal teoría “solo puede ofrecer una imagen bastante limitada de lo que es el lenguaje” (Meisel, 1974: 34)¹⁸. En concreto, verá mermadas o truncadas sus posibilidades de acceder a un estudio del lenguaje centrado en los procesos cerebrales de producción y comprensión lingüísticas¹⁹ y en la doble faceta de la facultad verbal de medio de pensamiento y de relación social. Así, coherentemente con su interpretación de la *GGR*, pero en clara contradicción con los descubrimientos de la psicología evolutiva, Chomsky (1966: 45) concibe el lenguaje como expresión del pensamiento o espejo de la mente, y no como nuestro medio primario de comunicación. Que Chomsky pensara que el lenguaje puede estudiarse independientemente de su función comunicativa, que no tuviera en cuenta el hecho de que “es usado por seres humanos para comunicarse en un contexto social”, fue una de las críticas que prominentes figuras de la lingüística (Searle, 1972/1994: 90-91; G. Lakoff, 1973) muy pronto le plantearon a la teoría chomskiana.

Chomsky considera asimismo que nacemos provistos de una gramática universal, común a todas las lenguas, de una facultad innata *específicamente lingüística*, en vez de reconocer la tesis a la que apuntan los datos disponibles: que el lenguaje es *aprendido* gracias a una *capacidad general de aprender* (Bunge, 2010: 183)²⁰. Nunca se han formulado explícitamente las reglas de la presunta gramática universal, ni los genetistas han hallado tampoco el gen o los genes de la misma (112). Lo innato en todo caso son los heurísticos, esto es, las estrategias que hacen posible el aprendizaje general (Putnam, 1967: 21). La hipótesis del innatismo chomskiana

¹⁸Obviamente, no es el objeto de este trabajo recoger las críticas a la gramática generativa de Chomsky. Hall (1981/1987: 106) informa de que, “desde 1957, se ha registrado una corriente constante de crítica arrolladora e irrefutable” contra la teoría chomskiana. Este autor da un resumen de ella (hasta 1976) (Hall, 1977).

¹⁹Debemos aclarar que en la actualidad ha habido una reivindicación del generativismo por parte de la biolingüística. Por ejemplo, Moro (2008: 123) asegura haber encontrado “indicios directos que muestran que los límites de la Babel lingüística están directamente relacionados con la arquitectura funcional del cerebro (adulto)”. Moro (xv) alude a la tesis de que “el número de gramáticas posibles no es infinito y está limitado biológicamente”. Esta afirmación equivale a su vez a sostener que la teoría de la gramática universal es “plausible científicamente” en la medida en que “es convergente con lo que sabemos del funcionamiento cerebral” (98). A la biolingüística podría oponérsele uno de los argumentos que arriba planteamos en contra del proyecto naturalista de Chomsky (1995): más que biolingüística, debería hacerse lingüística biosocial.

²⁰Además, en opinión de G. Lakoff (1973), la segunda opción es mucho más incitante: es “mucho más interesante [...] averiguar si existen conexiones entre mecanismos lingüísticos y otros mecanismos cognoscitivos que simplemente suponer lo menos interesante, es decir, que no hay ninguna”.

–que postula que “el cerebro humano está «programado» en el nacimiento en algunos aspectos del lenguaje natural humano bastante *específicos* y *estructurados*” (12)–, aunque aparentemente audaz, en realidad no resuelve nada. Es decir, las ideas o principios innatos estructuradores de la mente, la codificación innata a la que parece referirse Chomsky, carece de apoyo empírico (algo que advirtió tempranamente Searle [1972/1994: 85]), y, en cualquier caso, “[l]a conexión genotipo-fenotipo es muy indirecta” y requiere tener en cuenta niveles intermedios cruciales (Bunge, 2010: 183). Incluso un biolingüista generativista reconoció hace solo unos años: “En lo que se refiere a la genética de la estructura que subyace a la gramática, debemos permanecer en el nivel de la pura especulación y quizá limitarnos a hablar de forma genérica de una pauta biológica más que genéticamente determinada” (Moro, 2008: 180).

Desde un punto de vista científico, a “[l]a doctrina central de la lingüística cartesiana” (Chomsky, 1966: 59) –noción chomskiana de la cual el lingüista estadounidense deriva la hipótesis del innatismo (59-60)– cabe plantearle al menos dos objeciones. La primera defiende que la gran similitud entre las lenguas del mundo, la llamada “gramática general”, no sirve como prueba de una determinación genética muy precisa del lenguaje ya que bien puede esgrimirse el argumento –más simple y empíricamente contrastable, y por tanto científicamente más aceptable– de que esa semejanza se debe a que todos los seres humanos tenemos necesidades biológicas parecidas y ocupamos un nicho ecológico similar (Goldberg, 2005/2014: 109). El mismo argumento es formulable a propósito de los “universales lingüísticos que fijan límites a la variedad del lenguaje humano” (Chomsky, 1966: 59), la otra forma de caracterizar la gramática universal. La segunda objeción sostiene que la velocidad y facilidad con que el niño aprende la lengua no basta para avalar la existencia de un instinto genéticamente programado, como pretende Chomsky. Por un lado, no es la única función que los niños adquieren de esa manera: hay otras habilidades que se aprenden rápidamente durante la infancia pero mucho más lentamente en la edad adulta. Además, “[e]s mucho más simple y plausible pensar que el lenguaje es una propiedad emergente que se hace posible cuando el conjunto de circuitos neuronales del cerebro alcanza cierto nivel de complejidad” (Goldberg, 2005/2014: 112). Como es sabido, una propiedad emergente de un fenómeno es aquel rasgo que, surgido en el curso de un proceso, es radicalmente nuevo y está ausente en las partes que componen el fenómeno (Bunge, 2010: 271). Según la hipótesis que proponemos, el lenguaje aflora de acuerdo a los principios de los sistemas emergentes, lo cual sucede cuando, en interacción con el ambiente, maduran redes neurales muy complejas y de alcance relativamente general en el cerebro.

Si de todos modos existe un equipamiento específico para el aprendizaje lingüístico (lo cual no deja de ser admisible, pues en este asunto se está lejos de haber llegado a conclusiones firmes), es probable que haya que entenderlo como dependiente de la activación conjunta de un grupo de capacidades distintas, algunas específicas para el lenguaje y otras comunes a otros procesos mentales. Por lo demás, una hipótesis de innatismo tan precisa como la que formula Chomsky carece de los antecedentes históricos directos que este le supone, ya que “las gramáticas universales no postulan nunca nada más que la universalidad de la razón y de su forma de actuación” (Bouveresse, 1979: 423). Como demostramos (2017b: 8-9) al abordar la crítica de Searle (1972/1994: 84-85) a la interpretación chomskiana de Descartes, la mencionada hipótesis tiene mucho de invención en el sentido de que respondió, entre otras cosas, al empeño de marcar diferencias claras con respecto a la teoría rival empirista/conductista; obedeció –si se permite el símil– a una estrategia “mercadotécnica” de diferenciación de producto encaminada a lograr un posicionamiento óptimo en el mercado. En fin, “[n]ingún

filósofo o psicólogo competente ha mantenido semejantes nociones desde el siglo XIX". Por ello, la adhesión a la hipótesis del innatismo, en la forma en que Chomsky la entiende, "es prueba suficiente de incompetencia en filosofía, psicología o lingüística" (Hall, 1969: 227-228).

En estrecha conexión con la cuestión del innatismo, notemos que las limitaciones atribuibles a los supuestos racionalistas/idealistas de Chomsky, expresamente esgrimidos como defensa de su propio enfoque, le impiden alcanzar una teoría de la adquisición lingüística e incluso sentir la necesidad de ella (Bunge, 1998: 59). Es por ello por lo que no especifica en qué consiste el *language acquisition device*, o a qué se refiere cuando dice que el lenguaje es un derivado de la mente, o que crece en ella. Haciendo caso omiso de los hallazgos en psicología y neurolingüística, Chomsky no tiene en cuenta que "el aprendizaje del lenguaje es tanto un proceso de maduración cerebral como un aspecto de la aculturación o socialización: no hay aprendizaje de ninguna clase sin cerebro o en un vacío social" (59). En suma, el estudio científico del lenguaje –la lingüística– es una ciencia sionatural que se opone a toda veleidad idealista: "puesto que el lenguaje es un proceso biopsicosocial, debe estudiarse desde los tres ángulos, y la especialización en uno u otro aspecto ha de constituir una mera cuestión de énfasis" (58). "En otras palabras, la lingüística no debería ser lo que Chomsky llamó una rama de la psicología cognitiva" (Meisel, 1974: 37). Irónicamente, la "ascendencia cartesiana" no abre vías para el estudio del lenguaje, como pretendía Chomsky, sino que las obstruye.

1.4. La conexión política

En un estrato, no necesariamente más fundamental, pero sí subyacente a todas las motivaciones psicológicas y de orden cognoscitivo, se puede detectar "también una conexión política" (Barsky, 1997: 112). Los propios puntos de vista políticos de Chomsky son coherentes con una concepción activista del conocimiento, que se evidencia en el carácter panfletario de *CL* y en el real o supuesto vuelco o revolución en las ideas sobre el lenguaje que puso en práctica su autor.

En consonancia con esta postura, la visión histórica plasmada en *CL* está determinada por consideraciones y fines políticos. Típicamente, como en tantas utilidades políticas de la historia, Chomsky se propone borrar aquellos episodios que no le gustan y reemplazarlos con la invención de un "relato" (de una tradición)²¹ que se ajuste a sus deseos y necesidades. En el muy citado párrafo final del libro, Chomsky (1966: 73) declara con sorprendente sinceridad que ha recurrido a este procedimiento. Para remediar la "muy perjudicial" "falta de continuidad en el desarrollo de la teoría lingüística", admite que ha realizado a sabiendas un examen histórico "muy fragmentario", que "en muchos aspectos puede inducir a error", que introduce distorsión en la medida en que es una "proyección hacia atrás de ciertas ideas de interés contemporáneo en lugar de una presentación sistemática del marco en el cual estas ideas surgieron y hallaron su lugar", etc. Esta alquimia historiográfica se halla en el centro de una compleja estructura o entramado del que *CL* forma parte y que contribuye a crear. En el presente apartado tratamos de reconstruir tal estructura, que no cabe denominar sino como "política".

²¹ Cf. las referencias de Laborda a "la invención de la tradición" (Laborda, 2013: 149; 2014: 83), al "experimento cartesiano" (2013: 144) y a la "invención de la lingüística cartesiana" (2013: 136) cuando habla de *CL*.

Chomsky fue, de los opositores académicos a la guerra de Vietnam, el más famoso. Son notorios su trayectoria de activista y su inveterado compromiso político con causas de izquierda. Él mismo se identifica políticamente como anarcosindicalista: “cree en la necesidad de una «acción revolucionaria espontánea» para establecer el núcleo de las instituciones alternativas que sustituyan al final al estado capitalista” (Newmeyer, 1986a: 78). Sin embargo, aunque Chomsky (1966: 91-93, n. 51; 110-111, n. 115) no renuncia a introducir sus puntos de vista políticos, la “conexión política” en *CL* no es ni mucho menos obvia²². Por ello, para esclarecerla, nos referiremos a escritos y documentación de Chomsky posteriores a la aparición de *CL*. Barsky (1997: 112), biógrafo de Chomsky, interpreta así las motivaciones de su biografiado:

“Como muestra la obra de los cartesianos (y de Humboldt, en particular), debe acometerse una teoría política y social en cualquier intento útil de determinar la mejor manera de liberar los impulsos creativos del hombre. En otras palabras, una vez aceptamos la perspectiva cartesiana acerca del lenguaje, el paso siguiente es defender los derechos naturales y oponerse al autoritarismo”.

El mismo Chomsky expresó en 1994:

“No he convencido a nadie, pero creo que hay un «hilo» [...] importante y detectable que parte del racionalismo cartesiano, discurre a través del período romántico (el Rousseau más libertario, por ejemplo), de partes de la Ilustración (algo de Kant, etc.) y del liberalismo precapitalista clásico (sobre todo Humboldt, pero también Smith), y que continúa en la tradición en parte espontánea de la revuelta popular contra el capitalismo industrial y en las formas que adoptó en los movimientos libertarios de izquierda, incluyendo los sectores antibolcheviques de la tradición marxista”²³.

“Una manera de seguir la pista de la serie de conexiones a que se refiere Chomsky aquí –aclara Barsky (1997: 107)– es simplemente consultar los textos que cita en *Cartesian Linguistics*”. Solo cuatro años después de la publicación de *CL*, en una conferencia de 1970, Chomsky exploró en textos históricos, sobre todo del período ilustrado, el vínculo que para él existe entre lenguaje y libertad y que inaugura Descartes con su observación acerca del aspecto creador del lenguaje humano.

Defender el aspecto creador del lenguaje humano, que distingue al hombre de la máquina y del animal, sirve a dos fines, definidos por sendos sentidos de “lo político”. El primero alude a la lucha por el predominio: en el caso que nos ocupa, a la pugna por desbancar la visión filosófico-intelectual rival y por lograr la supremacía institucional, académica y científica. El segundo sentido de “político” tiene que ver con la lucha por la emancipación (sea lo que sea lo que entiende Chomsky por tal), tal y como hemos adelantado. Los dos sentidos están imbricados de una manera que merece ser estudiada. En esa imbricación se engarza el proyecto de *CL* como pieza importante de una operación a la que le corresponde el calificativo de “política” en esos dos sentidos.

²² Salvo quizá cuando alude a la concepción del lenguaje de Humboldt y a su relación necesaria con “sus escritos de teoría social y política y el concepto de naturaleza humana que subyace a ellos”. “Humboldt –añade Chomsky (1966: 24)– ha sido descrito como «el más destacado representante en Alemania» de la doctrina de los derechos naturales y de la oposición al estado autoritario”. Para Chomsky (26), está claro “que la importancia que Humboldt concede a los aspectos espontáneos y creadores del uso del lenguaje deriva de un concepto mucho más general de la «naturaleza humana»”.

²³ Carta a Barsky (8 de agosto de 1994). Citado en Barsky (1997: 107).

La tesis supuestamente cartesiana de la creatividad lingüística, que –según Chomsky– “armoniza bastante bien con nuestra visión de sentido común”²⁴, fue explotada, como ya sabemos, como argumento en su diatriba contra el conductismo y la “lingüística estructural”. Ya en 1959, en su reseña sobre *Verbal Behavior*, de Skinner, concluía que fenómenos simples (estímulos) no pueden explicar la rapidez en la adquisición por parte del niño de gramáticas de gran complejidad y abstracción, y que el hombre posee la capacidad de usar el lenguaje de forma verdaderamente creativa. “Hablar de generalización en este caso”, como hace Skinner, “es completamente inútil y vacío” (Chomsky, 1959/1964: 576). El eficaz ataque a Skinner de 1959 fue precisamente el acontecimiento que dio a conocer a un joven Chomsky, que en 1957 había publicado *Syntactic Structures*, la obra que marcaría el inicio del formalismo en lingüística.

Para 1965, Chomsky podía con razón tener la impresión de que había vencido en la pugna: había alcanzado el monopolio de la autoridad científica (*vid. infra*). Por aquellos años, “la gramática generativo-transformacional se convirtió en la corriente principal de la lingüística en Estados Unidos [...] y llevaba camino de alcanzar esta categoría en el mundo entero [en lo que supondría] el primer paradigma unificado desde los Neogramáticos” (Joseph, 2002: 62-63)²⁵. Newmeyer (1986a: 65-97) ofrece una versión laudatoria de cómo el generativismo ascendió desde una posición de debilidad y subordinación a la hegemonía en lingüística, pero, obviamente, se han propuesto interpretaciones mucho más críticas de lo que en realidad aconteció: por no mencionar más que una, la que proporciona Koerner (1989: 101-146). Aquí presentaremos una visión alejada de la complacencia de autores como Newmeyer.

La gramática generativa desplazó del primer plano al “paradigma” funcional, que, lejos de estar unificado, comprendía una gama variada de corrientes y matices (con la consiguiente pérdida de riqueza para la totalidad de la disciplina que supuso su postergación, como puso de relieve George Lakoff [1973]). (Es preciso notar, entre paréntesis, acerca del uso del concepto y término de “paradigma”, que solo lo empleamos aquí de manera provisional y que su aplicación en lingüística debe ser debatida [*vid.* 2.1.] y finalmente, como veremos, abandonada). El “paradigma” de la gramática generativa se caracterizaba por presentar una unidad monolítica, algo que Chomsky luchó denodadamente por conseguir. Al parecer, una de las tácticas que empleó con éxito para hacer prevalecer su “paradigma” formal fue relegar todo un conjunto de corrientes funcionales diferentes, pero emparentadas, empujando –por expresar la idea con un símil– solo la primera ficha de dominó de la fila. Pero proponer una compacta unidad teórica que el “paradigma” rival no podía brindar fue solo uno de los medios a su alcance para la consecución de ese fin. Otro de esos medios fue, justamente, la implicación política de Chomsky: “Sin los tumultos de los años 60 y las broncas sobre Vietnam, las nociones de Chomsky nunca habrían alcanzado notoriedad” (Hall, 1981/1987: 107). En fin, seguir enumerando y explicando las razones por las cuales la gramática generativa alcanzó la hegemonía lleva muy lejos y no es el objeto de este trabajo. Sobre este asunto destaquemos, sin embargo, brevemente tres de los puntos que atañen directamente a la “conexión” que estamos analizando: (i) el uso del concepto y término de *revolución*, ya tenido en cuenta en un artículo previo (2017b: 3, 13) y que retomaremos en el siguiente apartado; un punto este que se integra como elemento de (ii) toda una campaña de propaganda que hizo de la gramática generativa una *religión* (Hall, 1981/1987: 105);

²⁴ Citado en Basky (1997: 108).

²⁵ Citado en Hamans y Seuren (2010: 391).



campaña que a su vez no se podría haber llevado a cabo sin haber realizado (iii) la fusión de *ideología* con el estudio del lenguaje. Acerca de este último punto, creemos necesario citar un pasaje de la durísima crítica de Hall (1981/1987: 110-111), porque, como mínimo, hay en ella un núcleo de verdad:

“Además de ser una religión, la gramática generativa es una ideología, formada a imagen fiel del marxismo, o, más exactamente, del *Vulgärmarxismus*. [...] La noción chomskiana de «lingüística» contiene una gran dosis de *Vulgärmarxismus* y *Vulgäranarchismus*, impuesta por la fuerza a los hechos del inglés (y por tanto a todas las demás lenguas)”.

Sampson (1979) va incluso más lejos cuando señala que la aplicación de las ideas de Chomsky acerca de la relación del lenguaje con la política conduciría a la destrucción de la libertad y a la institución de un control totalitario del pensamiento y el lenguaje.

En lo que respecta a la visión histórica que CL plantea, hoy puede afirmarse que representó el intento de Chomsky de extender y consolidar, por medio de la “acreditación” de pedigrí histórico para su teoría, la supremacía que ya había logrado (Hamans y Seuren, 2010: 392). Joseph (2002: 147-150) muestra que este afán fue una constante en el lingüista y se remonta a principios de los años 60, época en que la búsqueda de antepasados intelectuales le llevó primero a Saussure y luego a Humboldt. Recordemos que, en el Congreso Internacional de Lingüistas celebrado en Harvard en 1962, Chomsky presentó una ponencia que fue el germen de CL. Koerner (1989: 117) cree que fue “en este bien orquestado congreso”, al que asistieron más de 950 estudiosos de todo el mundo, y sobre todo de Europa,

“donde la apelación de Chomsky a una tradición «racionalista» subyacente a sus ideas lingüísticas hizo que muchos europeos dirigieran la atención hacia su trabajo. (Antes de 1962 –el año en que se reimprimió *Syntactic Structures* por vez primera, obviamente para el Congreso Internacional– pocos europeos habían reparado en Chomsky)”.

La perspectiva sociológica que ofrece Bourdieu provee de un marco analítico en el que objetos como la carrera de Chomsky encajan razonablemente bien. La sociología de la ciencia de Bourdieu, una visión “política” no reduccionista²⁶, contiene conceptos (“campo científico”, “distribución de poder”, “lucha”, “capital científico”, “estructura de distribución del capital”, “estrategia de subversión”...) que son susceptibles de ocupar un lugar significativo en la explicación del surgimiento y evolución de la gramática generativa. De forma muy esquemática, y posiblemente distorsionando algo el pensamiento de Bourdieu, podríamos decir que el capital científico constituye un capital simbólico que emana del reconocimiento y reputación otorgado por los colegas del científico. La autoridad científica comprende una doble dimensión: el prestigio científico y el “poder social”; y es, así entendida, “una clase específica de capital, que puede ser acumulado, transmitido, e incluso reconvertido en otros tipos de capital bajo determinadas condiciones”, de tal manera que “una carrera científica “exitosa” se presenta como un proceso *continuo* de acumulación, en el cual el capital inicial [...] desempeña un papel determinante” (Bourdieu, 1975: 25). Para entender los distintos avatares de la trayectoria de Chomsky – y en general su supuesta “revolución” en lingüística–, se revela útil la tesis de que “[l]a estructura del campo

²⁶ “Un análisis que tratara de aislar una dimensión puramente «política» en los conflictos por la dominación en el campo científico sería tan radicalmente falso como la postura inversa, más frecuente, consistente en tener en cuenta solo las determinaciones «puras» y puramente intelectuales de los conflictos científicos” (Bourdieu, 1975: 21).

científico está definida, en cada momento, por el estado de la distribución de poder entre los protagonistas de la lucha (agentes o instituciones), es decir, por la estructura de la distribución del capital específico” (27) “(en sus diferentes especies) que han podido acumular en el transcurso de las luchas anteriores” (Bourdieu, 2001/2003: 106). El campo científico constituye el ámbito de una lucha competitiva en la que se disputa el monopolio de la autoridad científica (Bourdieu, 1975: 19). Los dominantes en el campo y los recién llegados a él recurren, en su lucha para formar, mantener y aumentar su capital científico, respectivamente, a “estrategias antagónicas, profundamente opuestas entre sí en su lógica y principio”, siendo los intereses que motivan a ambos bandos y los medios que estos emplean para satisfacerlos muy estrechamente dependientes “de su posición en el campo” (29). “Los dominantes se entregan a *estrategias de conservación* tendentes a asegurar la perpetuación del orden científico establecido al cual están ligados sus intereses” (29-30). En cambio, los nuevos participantes pueden orientarse hacia *estrategias de sucesión* (estrategias de inversión sin riesgos), o bien hacia *estrategias de subversión*, inversiones mucho más costosas y arriesgadas que no lograrán el fin que se proponen, la supremacía, si no es redefiniendo completamente “los principios que legitiman la dominación” (30). En el terreno específicamente histórico en que se encuadra *CL*, la subversión que emprende Chomsky es de una clase “herética”, propia, según Bourdieu (1980: 116), de “los campos de producción de bienes culturales, religión, literatura, arte”, que típicamente “invoca al retorno a las fuentes, al origen, al espíritu, a la auténtica esencia del juego, en oposición a la banalización y degradación que este ha sufrido”. Sin embargo, como veremos, Chomsky crea una variante enteramente original de esta “subversión herética”.

Antes de desarrollar lo que hemos llamado el segundo sentido de “político”, reproduciremos y comentaremos una cita significativa. Al evocar los duros ataques de Aarsleff, tan importantes en la controversia de *CL*, Chomsky confesó hastiada y altivamente a su biógrafo:

“Nunca me he molestado en responder, porque [...] mi desprecio por el mundo intelectual alcanza tales cotas que no tengo ningún interés en seguirlos [a los estudiosos] por sus sumideros, a menos que haya implicados intereses humanos fundamentales, como [a menudo hay] en el ámbito político”²⁷.

Esta declaración encierra la percepción que de lo político, en sus dos sentidos, tenía Chomsky *a la altura de 1995*, cuando ya había obtenido la primacía científica. Pero, puntualicemos, sencillamente no es cierto que Chomsky se haya abstenido de librar batallas académicas –las que a él le interesaron– en “el mundo intelectual”, y que el primer sentido de lo político ya no tuviera importancia cuando se publicó *CL*. Antes y después de *CL*, Chomsky participó en “luchas de poder”, aunque él negara que tuviera tiempo para ellas²⁸: le desmiente el ataque a la semántica generativa y sus representantes (Harris, 1993; Hamans y Seuren, 2010: 377-381). En cualquier caso, en el contexto de la repercusión que obtuvo *CL*, el silencio de Chomsky ante la polémica ya supuso una toma de postura estratégica. Y, también en cualquier caso, su “desprecio por el mundo intelectual” es selectivo, como lo revela la reacción aprobatoria que mostró a las opiniones favorables y afines en lo político de Bracken (que, por añadidura, incluyen ataques personales a Aarsleff) (para más detalles, *vid.* Hamans y Seuren, 2010: 382-383)²⁹. Mediante estas y otras maniobras, Chomsky consiguió “manufacturar el

²⁷ Carta a Barsky (31 de marzo de 1995). Citado en Barsky (1997: 105).

²⁸ Carta a Barsky (14 de agosto de 1995). Citado en Barsky (1997: 151).

²⁹ La sofistería del estilo de escritura de Chomsky –aventuremos– puede interpretarse como una manifestación de la doblez e hipocresía

consentimiento” entre la comunidad de lingüistas, una estrategia que, según el mismo ha mantenido en sus obras políticas³⁰, hay que achacar al orden establecido.

Aunque Chomsky (1979: 3) admite que el vínculo de su visión política con su teoría lingüística es tenue y “no muy directo”, a renglón seguido añade que, en alguna medida, quizá ambas compartan “ciertas actitudes y supuestos comunes con relación a constituyentes básicos de la naturaleza humana”³¹. Estos constituyentes los identifica Chomsky en ciertas capacidades fundamentales humanas: la autoexpresión creativa y la libertad en todos los aspectos de la propia vida y pensamiento, temas importantes de su teoría lingüística³² y, a la vez, elementos que definen la esencia del anarcosindicalismo (Newmeyer, 1986a: 79). “Explorar tales opciones – aboga Bracken (1972: 14) en favor de *CL*– muchas veces equivale a cuestionar la ideología liberal dominante, enraizada como está en la tradición empirista”. Hay, pues, una motivación política por la que Chomsky se adhiere al cartesianismo y a su tesis del aspecto creador del lenguaje, en la que identifica una llamada a liberar el potencial humano. De este llamamiento parte una tradición intelectual (Ilustración, W. von Humboldt...) que vislumbra una comunidad –dice refiriéndose a Humboldt– “de libre asociación sin coerción por parte del estado o de otras instituciones autoritarias, en la cual los hombres libres puedan crear e investigar, y lograr el más alto desarrollo de sus facultades”. “[M]uy por delante de su época, [Humboldt] presenta una visión anarquista que corresponde, tal vez, al próximo estadio de la sociedad industrial” (Chomsky, 1987: 152)³³. En dos palabras: Chomsky establece un nexo entre la metafísica dualista cartesiana y su socialismo libertario. A este respecto, resulta curioso comprobar cómo desde posiciones marxistas ortodoxas³⁴ se llegó a la conclusión contraria, acusando a Chomsky de propagar, “ideológica y políticamente”, con la ayuda del concepto de creatividad, valores neoliberales como el libre comercio “ilimitado” y el individualismo y el voluntarismo (Albrecht, 1975: 81).

El aspecto creador del lenguaje no es el único tema cartesiano en que Chomsky hace pivotar sus propios puntos de vista políticos. Otro tema, al que apela con regularidad y que según él tiene derivaciones políticas y un origen cartesiano, es la racionalidad y el sentido común. Por racionalidad cartesiana Chomsky (1987: 35) entiende, no “un conocimiento de gran alcance, especializado”, o “una extraordinaria habilidad o comprensión”, sino “el tipo de escepticismo normal y la disposición a aplicar capacidades analíticas que casi todo el mundo tiene y puede ejercitar”, y que bastaría para disolver “el sistema de ilusiones y engaño que sirve a la función de

que, según Hamans y Seuren (2010: 381), caracterizaron las batallas intelectuales que emprendió Chomsky: “again this is more than a little disingenuous”, observan comentando cierto detalle en el ataque de Chomsky a los semánticos generativos.

³⁰ Por ejemplo, el libro de Herman y Chomsky (1988). Como Herman y Chomsky (xi) explican en el prefacio de esta obra, el concepto *manufacture of consent* se debe a Walter Lippmann (1889-1974), escritor y periodista estadounidense.

³¹ Citado en Newmeyer (1986a: 78-79).

³² Como especifica Newmeyer (1986a: 79), las “reglas gramaticales”, centrales en esta teoría, “son casi precondiciones del uso creativo del lenguaje”. “Creo que la verdadera creatividad –dice Chomsky (1969: 31)– significa acción libre dentro del marco de un sistema de reglas. [...] Solo cuando nos hallamos ante la combinación de libertad y restricción surge la cuestión de la creatividad” (citado en Newmeyer [1986a: 79-80]).

³³ Citado en Barsky (1997: 113-114).

³⁴ Referimos el punto de vista de Albrecht, filósofo marxista, expresado en una reseña (publicada en una revista de lingüística de la RDA) de la edición alemana de *CL*.

impedir el discernimiento de la realidad contemporánea”³⁵. El pensamiento racional por sí solo, por supuesto, no nos protege necesariamente de la política autoritaria, pero “la irracionalidad deja abierta la puerta a cualquier cosa, por tanto, en concreto, a las peores formas de autoritarismo”, escribe Chomsky en una misiva³⁶. Política y Descartes se reúnen en un círculo perfecto.

Tradicionalmente, en los medios de izquierda, la apelación a ideas innatas o, por extensión, a una naturaleza humana, no ha gozado de buena fama. El innatismo de Chomsky parece entrar en conflicto con sus ideas políticas de izquierda. El prejuicio y la discriminación, según esta perspectiva progresista, se verían racionalizados y justificados por la idea de que negros y mujeres, por ejemplo, están, en virtud de su constitución genética, innatamente programados para desempeñar papeles subordinados (Newmeyer, 1986a: 76). A juicio de Chomsky, estas conclusiones están erradas.

“Para Chomsky, la capacidad lingüística innata es una propiedad de todos los seres humanos, no solo de los de una raza, sexo, clase, grupo nacional, etc. La gramática universal es una cualidad humana igual que tener dos brazos, dos piernas y un corazón. Para Chomsky, la gramática universal une a todos los humanos, no los divide” (Newmeyer, 1986a: 76-77).

Mientras que la visión racionalista-romántica, según Chomsky, sostiene que hay constituyentes y necesidades fundamentales que son inherentes a nuestra naturaleza humana, “el empirismo se declara a favor de la idea de que los aspectos centrales de nuestras mentes y facultades cognoscitivas –nuestras lenguas y conceptos– se alojan en una parte plástica de la mente/cerebro” (McGilvray, 2009: 48). Los empiristas “defienden la idea de que mucho de lo que nos hace humanos y distintos de otras criaturas se debe al adiestramiento y aculturación” (48-49). Chomsky no vacila en señalar –resume McGilvray (48), claramente partidario de estas opiniones– las implicaciones del empirismo para la naturaleza humana y los atractivos que esta concepción empirista reviste para los poderosos (gobierno y corporaciones). A estos, que quieren mantener su posición y la autoridad que esta les da –la capacidad de tomar decisiones para otros y así servir a sus propios intereses–, les atrae la idea de que aquellos sobre los que ejercen el poder son, en muchos de sus rasgos esenciales, arcilla modelable, y que deben ser formados en su propio beneficio (49). Como es de imaginar, este coincide con los intereses de los poderosos. “Creyéndose estos disparates inmorales y el autoengaño que requieren, los poderosos tratan de justificar sus acciones y a sí mismos, al menos ante sí y los suyos” (49).

Para Chomsky, hay aún otros motivos para rechazar el empirismo. La lógica de los empiristas, que no distinguen, en principio, entre cualidades humanas accidentales y esenciales, les conduce a tratar como inferiores a seres humanos a los que las circunstancias les han colocado en una situación inferior. Los racionalistas, por el contrario, se ven forzados por su propia filosofía a ponderar tanto los aspectos esenciales como los accidentales para cada caso particular. Bracken observa que el racionalismo “contaba con la ventaja de tratar de formular lo que era esencial al hombre”, y constituía “una modesta barrera conceptual” que se alzaba frente a intentos de tratar la raza, el color, la religión o el sexo como atributos no accidentales. “La barrera la rompe Locke. Hume es un claro partidario de la supremacía blanca”, concluye Bracken (1972: 15). Bracken,

³⁵ Citado en Barsky (1997: 114).

³⁶ Carta (13 de diciembre de 1994). Citado en Barsky (1997: 115).

en posteriores publicaciones (1973a; 1973b; 1978), ha insistido en la tesis de que el auge de la moderna doctrina racista fue propiciado por las teorías empiristas de la naturaleza humana. Newmeyer (1980: 49) establece un nexo entre la impugnación que llevaron a cabo los estudiantes de los años 60 contra los “postulados pseudocientíficos del empirismo en lingüística” y su cuestionamiento de “los supuestos políticos en que habían sido educados, que, a su parecer, racionalizaban la política exterior imperialista y la política interna opresora que estaba desarrollando el gobierno estadounidense”.

Resulta obligado exponer una serie de conclusiones críticas. Para empezar, la correlación formulada por Newmeyer, que sin duda fue una de las principales causas de la difusión de la teoría de Chomsky, no tuvo ni mucho menos la masiva incidencia entre los estudiantes que Newmeyer le atribuye (Hall, 1981/1987: 111). No insistiremos en el hecho de que Chomsky escamotea de nuevo, con evidente sesgo, la herencia de Locke, eludiendo esta vez la significación sociopolítica más obvia y exacta de su rechazo al innatismo³⁷. En efecto, la polémica de Locke contra el innatismo

“es, entre otras cosas, un alegato a favor del libre examen, la racionalidad y la tolerancia y contra la autoridad y la tiranía, de las cuales es conocida su proclividad a atrincherarse tras verdades y principios «innatos», es decir, tenidos por evidentes e indiscutibles para todo hombre normalmente constituido” (Bouveresse, 1979: 423).

“Para Locke, fomentaba la tolerancia y la paz postular que todos los hombres podían aprender o llegar a admitir lo que revelaba la luz de la naturaleza” (Aarsleff, 1974: 120). Locke creía que el innatismo tal y como normalmente se entendía era enemigo de la tolerancia y de la creencia en que los hombres podían vivir en paz: “la filosofía de Locke fue inmediatamente considerada una herejía peligrosa en círculos conservadores, ortodoxos y fanáticos” (120).

Dejando a un lado el abuso de pensamiento que suponen las tesis de Chomsky y Bracken sobre el empirismo, centrémonos en la discusión de la “conexión política”. En primer lugar, que Chomsky y los marxistas mantengan a partir de los mismos datos tesis opuestas y que no pueda escogerse entre ambas indica que todos asumieron la premisa equivocada que afirma la existencia indubitable de nexos entre concepciones lingüísticas (históricas) y posiciones ideológico-políticas. En especial, Chomsky alienta y produce una inaceptable mezcla de los ámbitos del conocimiento (lingüístico e histórico) y de la política. Así, no es extraño que no haya convencido a nadie la continuidad que Chomsky cree percibir, porque, si ya fue muy discutida la tradición que estableció en *CL*, *a fortiori* lo habrá de ser la que, yendo mucho más lejos y forjada sobre bases muy endeble (mejor: imaginarias), se adentra en el terreno del pensamiento y acción políticos³⁸. No es extraño, en verdad, que no haya convencido a nadie, a pesar de que previene (recurso usado con profusión en *CL*) de que esa abigarrada corriente presenta “contradicciones internas enormes” (incluso en la misma persona: por ejemplo, en Humboldt, o, notoriamente,

³⁷ “Nor is it a small power it gives one man over another, to have the authority to be the dictator of principles, and teacher of unquestionable truths; and to make a man swallow that for an innate principle which may serve to his purpose who teacheth them”. En cuanto a los principios o “universal truths”, Locke dice: “were discovered by the application of those faculties that were fitted by nature to receive and judge of them, when duly employed about them” (Locke, *Essay Concerning Human Understanding*, I, 3, 25).

³⁸ Citemos solo una muestra de esta perplejidad. Meisel (1974: 34), por ejemplo, apunta: “Cabría, sin embargo, esperar una relación algo más directa entre la «lingüística» y la «política» en el caso de Chomsky”; “no veo la conexión entre estas dos actitudes, entre las especulaciones sobre la mente humana [...] y el «compromiso» político”.

en Rousseau) y de que se trata de un hilo que hay que desenredar y “que solo puede ser percibido de manera tenue”³⁹. No es extraño, en fin, que no haya convencido a nadie, porque ese hilo solo es mera invención o, al decir de Aarsleff, fantasía. En el curso de una conferencia pronunciada en Barcelona en 1992, Chomsky trató de vincular los “ideales cartesianos” con la demanda de libertad individual y el rechazo a la sujeción a instituciones autoritarias –que se expresan en principios propugnados por autores como Humboldt y Adam Smith (!)–, y con el anarquismo y “los principios revolucionarios que animaron Barcelona en los años 30”⁴⁰ (!!). Este proyecto ideológico, fraguado desde hace décadas, ya explica por sí solo la obstinación casi visceral de Chomsky por construir una “lingüística cartesiana”, a pesar de las montañas de pruebas y de las grandes dosis de “racionalidad” y de “sentido común” que se oponen a tal tesis.

1.5. Comentario final

Considerado desde esta perspectiva, *CL* manifiesta, más claramente que nunca, todas las trazas de un escrito de propaganda encubierta. Concluyamos, sin embargo, de forma positiva este primer apartado resaltando que la prospección de los diferentes estratos de objetivos, motivos, móviles e ideología detectables en *CL* brinda la inestimable oportunidad de conocer “en vivo” la estructura de una modalidad del complejo de conocimiento e interés, entendido en un sentido semejante al teorizado en la misma época por Habermas (1968, 1973). El mismo Chomsky (1966: 75, n. 3) ve reflejada esta estructura en su propio objeto de estudio al describir el constructo de “lingüística cartesiana”, no como una tradición unitaria, sino como una “constelación de ideas e intereses”. Justificando así la elaboración de su constructo histórico, imaginando que la serie de autores seleccionados están aglutinados por un trasunto de los mismos procedimientos que él pone en juego, se provee de la capa de legitimación epistémica definitiva que clausura y perfecciona el complejo aludido de conocimiento e interés.

2. El modo de hacer historia de Chomsky

2.1. Crítica al enfoque historiográfico de *CL*

Los anacronismos en que *CL* incurre constituyen expresiones particulares de una visión general de la historia “presentista”. No caben muchas dudas de que el libro, como Sullivan (1980: 198) observa, es historia *whig*. Tal término alude al tipo de historia que escribieron los historiadores *whig* de principios del siglo XIX, los cuales tendían a contemplar el devenir humano como un progreso orientado a unas metas que eran las preconizadas por los propios historiadores. Así, en la historia veían un preámbulo de sus ideas particulares y contemporáneas. El historiador británico Sir Herbert Butterfield (1900-1979) caracterizó la historia *whig* como “sistema de inmediata referencia al presente, [en] el cual los personajes históricos pueden ser fácilmente clasificados en hombres que fomentaron el progreso y hombres que trataron de impedirlo” (Butterfield, 1931: 11). En general, la denominación de “historia *whig*”, acuñada por Butterfield, “se usa para referirse al tipo de historia escrito

³⁹ Carta a Barsky (8 de agosto de 1994). Citado en Barsky (1997: 107).

⁴⁰ Citado en Barsky (1997: 112-113).



desde la perspectiva presente en lugar de desde la perspectiva de los actores del período histórico particular considerado” (Sullivan, 1980: 198, n. 1). En efecto, *CL* cae de lleno en el “presentismo”: como informa su declaración de propósitos, la forma general que adopta la determinan “cuestiones de interés actual”, y hay una renuncia expresa a “caracterizar a la lingüística cartesiana tal y como se veía a sí misma” (Chomsky, 1966: 2). Con ello, Chomsky enjuicia los logros de una configuración del saber con criterios que corresponden a otra de una época posterior. Y no parece percatarse de que este ejercicio está reñido con el objetivo de “determinar la naturaleza exacta del «capital de ideas» acumulado en la época premoderna” (3). De esta actitud proceden los diversos anacronismos que lastran *CL*. “Pese a su título, este libro –observa Koerner (1978: 45)– no es una contribución a la historia del pensamiento racionalista desde el siglo XVII hasta el presente, sino una reinterpretación moderna de lo que los «cartesianos» –¡Humboldt incluido!– deberían haber pensado”. Estas incursiones de Chomsky en la historia, dirá años más tarde Koerner (1993b, 1995: 31), prepararon el escenario para la entrada de emuladores acrícos, historiadores *whig* y “hagiógrafos” del “así llamado «paradigma generativo-transformacional»” (por ejemplo, Newmeyer [1980]).

Es indudable que la versión chomskiana de la historia de la lingüística es deliberadamente tendenciosa. Esta escora ha convertido a *CL* en blanco de ataques muy duros. Hall (1981/1987: 107) descalifica la obra, a la que ve como el fruto más conspicuo de la propensión que han mostrado “Chomsky y sus secuaces” –propensión reconocida desde muy temprano (por ejemplo, por Lamb [1967])– “a tergiversar la historia, y a desacreditar a cualquiera de los antecesores de cuyas opiniones discrepaba, o a elogiar, por infundado que pudiera ser, a aquellos predecesores en los que creía detectar anticipaciones de su propia doctrina”. Koerner (1989: 102) considera a *CL* un exponente de postura partidista que desde el principio fue juzgado “como lo que realmente es” (el libro de Newmeyer [1980] ilustra aún mejor este tipo de historiografía de propósitos sectarios). Poco sensibles a las consideraciones polémicas que esgrime Chomsky, en general los historiadores de la lingüística se han mostrado reticentes hacia su versión de la historia y han criticado severamente lo que estiman “una simplificación parcial y a veces grosera de un material histórico particularmente rico y complejo” (Bouveresse, 1979: 422). Desde esta perspectiva, la exposición de Chomsky distorsiona la visión histórica hasta el extremo de invalidarla; sin embargo, opina Aarsleff (1974: 117), orientaciones así en absoluto han representado prácticas desusadas en la historia del estudio del lenguaje, que “ha sido siempre, con muy pocas excepciones, una sucesión de posturas partidistas”. “Cuanto más histórica, prudente y sabia es la historia, más posibilidades tiene de resultar frustrante para [quienes] buscan una paternidad o una tradición. Los que utilizan la historia nunca harán buena pareja con los que intentan hacerla” (Bouveresse, 1979: 428). La fallida versión que da de la historia *CL* explica la decidida oposición que encontró la forma chomskiana de enfocar la historia: “heroica” y espectacular en comparación con una historia “más larga, más complicada y más indecisa” (y más rigurosa y válida, según Bouveresse [427]). Así pues, para este crítico (428), “no es sorprendente que Chomsky haya infligido a la historia del pensamiento lingüístico una violencia innegable y que, creyendo redescubrirla y renovarla, más bien la haya, por decirlo así, escuchado en las puertas de la leyenda”. “Por desgracia –dice Hall (1977/1987: 87)–, la publicidad y el (completamente injustificado) prestigio concedido a la mala interpretación de Chomsky han sido tan grandes que han eclipsado el serio, sólido y bien fundado estudio de Port-Royal que realizó Donzé”. Por otra parte, como consecuencia de la exagerada importancia que Chomsky le atribuyó al racionalismo del siglo XVII, se han desatendido las apreciables aportaciones del siglo XVI (87). Por no hablar de

algunos aspectos que formaron parte del impacto de *CL* desde su aparición: la revitalización y lectura de textos “como si fueran cartesianos cuando de hecho no lo son” (Aarsleff, 1970: 583). “Tenemos ante nosotros un mito privado –aseguraba unos años después Aarsleff (1974: 117)– que lleva ya camino de convertirse en público”. En resumen, el enfoque de la historia que propone Chomsky es más *pro domo sua* que propiamente histórico.

CL aspira contradictoriamente a ser un estudio histórico y, *sotto voce*, a ser un ensayo no histórico. La aproximación a teorías pasadas, concede Koerner (1993a: 17), pueden motivarla intereses legítimos muy variados, pero si estos no son en sentido estricto la búsqueda del conocimiento histórico, dicha aproximación no se debe hacer pasar nunca por historia. Admitiendo la condición que impone Koerner, la falta de honestidad intelectual de los planteamientos de *CL* es palmaria. De manera consecuente con ellos, la práctica de este enfoque confunde ámbitos disciplinares distintos aprovechando sus puntos de contacto y áreas en común. En primer lugar, *CL* considera la historia de la lingüística una rama de la historia de las ideas, y este es un procedimiento equivocado (al menos desde el surgimiento de la filología –o más bien lingüística– histórica o comparada a principios del siglo XIX). Con todas las matizaciones que quepa hacer, la lingüística, a diferencia de la filosofía, es un saber científico, con lo que ello implica (el estudio de hechos por lo general empíricamente contrastables, teorías en ocasiones bastante complejas, y prácticas investigadoras bastante rigurosas), no meramente ideas generales acerca de la naturaleza del lenguaje. A esta primera confusión interesada, que nunca trata a las teorías históricas como saber precientífico, hay que añadir que Chomsky mezcla perspectivas distintas en su forma de abordar la historia, contribuyendo así a la ambigüedad y la dificultad de interpretación de sus resultados, cuando no al fracaso completo del proyecto en su conjunto. Como se ha observado a veces (Kampf, 1967: 407; Bracken, 1972: 11...), *CL* recuerda mucho al enfoque de Lovejoy (1936), pero también quiere ser una obra de historia de la filosofía o del pensamiento (“un capítulo de la historia del pensamiento racionalista”), de historia erudita y filológica, de historia de las ideas entendida en un sentido cercano al de un Isaiah Berlin (1909-1997), de historia de la ciencia según el modelo propuesto por Kuhn (1962, 1970²)... Pasando por alto las diferencias epistemológicas que existen tanto entre la historia de la ciencia y el resto de enfoques como entre estos entre sí, *CL* desaprovechó la ocasión de trazar las líneas divisorias entre todos ellos y de señalar sus zonas de intersección. Este desarrollo habría supuesto una aportación importantísima al conocimiento. Sin embargo, el carácter propagandístico de la obra impide precisamente todo movimiento hacia la clarificación de conceptos, ideas y perspectivas. También lo impide que el conocedor aspire a integrarse en el dominio de lo conocido, que la propia obra aspire a formar parte (como “paradigma”) de ese mismo devenir intelectual que estudia. Estos rasgos (el confucionismo que practica Chomsky y la explotación por su parte de nociones como “paradigma” y “revolución”) adquieren su sentido pleno si se entienden como dimensiones o módulos del gran ingenio persuasivo que es *CL*.

En conexión con el análisis del complejo *Erkenntnisinteresse* (vid. apartado 1), se ha puesto de relieve (Koerner, 1993a: 19-20) que los enfoques motivados por intereses distintos a los cognoscitivos caen con más facilidad en las trampas que suelen amenazar a la investigación histórica. Incluso un comentarista como Banerji, que comparte el enfoque de Chomsky, admite francamente sus puntos débiles. Banerji (2003) cree que *CL* no merece la calificación de “estudio” (*survey*), aunque Chomsky (1966: 73) lo llame así y advierta de que su libro “es muy fragmentario y de que, por consiguiente, en algunos aspectos puede inducir a error”. Una de las razones por las cuales *CL* no puede llamarse “estudio” es, según Banerji, que

“muchos de los pensadores, estudiosos, filósofos, etc. que Chomsky cita con profusión en este libro en absoluto se ocupaban de estudios lingüísticos o gramaticales. Por ejemplo, Descartes apenas prestó atención al lenguaje. Varios de ellos fueron incluso antagonistas de la «doctrina cartesiana» que Chomsky extrae de sus obras. Por ejemplo, Vaugelas, La Mettrie, J. G. Herder, etc., fueron más partidarios del empirismo”.

Tampoco, como ya sabemos y recuerda Banerji, pertenecían a una tradición única. Por ello,

“cuando Chomsky extrae las «ideas relevantes» de las obras aparentemente inconexas de diversos tipos de estudiosos, no solo gramáticos, las «ideas» en sí mismas están tan bien entretreídas y están enlazadas tan lógicamente y sistemáticamente, que de hecho resultan ser las propias ideas de Chomsky”.

Presentando este enfoque como un logro, Banerji está insinuando educadamente que se trata (también) de una desnaturalización de la investigación histórica. Con su desprecio manifiesto al registro fiel de lo acontecido, se opone, a nuestro juicio, a la perspectiva que considera que algunas versiones históricas son más verdaderas que otras y al enfoque que recurre a datos y pruebas textuales para determinar el grado de validez de las interpretaciones. Como destaca Behme (2009; 2011: 306), en Chomsky pueden distinguirse dos posturas ante el estudio de la historia: la “selectiva” y la “de reescritura”. La primera la definió el propio Chomsky así: “Puede decirse que miro la historia [...] desde el punto de vista de [...] un amante del arte que quiere buscar en el siglo XVII cosas que son de particular valor y que deben parte del mismo [...] a la perspectiva con la cual se acerca a ellas” (Elders, 1974: 143)⁴¹. La segunda posición es descrita por el autor en los siguientes términos:

“La primera [cuestión], la secuencia real de los acontecimientos, no es en sí misma muy interesante en mi opinión; es una historia de acontecimientos fortuitos y vicisitudes personales, incidencias de historia personal. La segunda cuestión, es decir, cómo *debería* haber sucedido, es mucho más interesante e importante, y ciertamente nunca ha sido contada o siquiera investigada” (Chomsky, 1997)⁴².

Chomsky combina en *CL* ambas posturas, consiguiendo así: (i) seleccionar lo que considera valioso en los escritos de Descartes y otros predecesores, y (ii) transformar otros pasajes en “lo que Descartes y los racionalistas *deberían* haber escrito” (Behme, 2009; 2011: 306). Sin embargo, al parecer, no cae en la cuenta de que la adopción de este enfoque podría llevar a otros estudiosos (por ejemplo, sus adversarios conductistas) a conclusiones totalmente opuestas, sin que se pueda objetar nada. “En el proceso, se vuelve totalmente irrelevante lo que Descartes dijo. Ha sido relegado a la periferia de una batalla que (si aún viviera) él habría contemplado con absoluta perplejidad” (Behme, 2009). En el mejor de los casos, es una visión híbrida Chomsky/cartesiana el resultado que se plasma en *CL*. El escaso interés que Chomsky muestra por los hechos históricos y su propósito de usar a “los convenientemente reinterpretados cartesianos como figurantes o muñecos de ventrílocuo en el escenario de la lingüística chomskiana” (Behme, 2011: 306), explican que se haya desechado por equívoca la denominación de “lingüística cartesiana” y se haya propuesto su sustitución por la de “lingüística chomskiana” (Behme, 2009). Desde otro punto de vista, en nuestra opinión, posiciones de “libertad artística” ante la historia como la que adopta *CL* pueden conducir a una visión proclive al relativismo cognoscitivo en materia histórica. Por eso, Koerner (1993a: 19) prefiere alinearse con una visión “positivista”,

⁴¹ La cita procede de un debate que Chomsky mantuvo con Foucault transmitido por la televisión holandesa en 1970. Citado en McGilvray (2009: 109, n. 2).

⁴² Citado, sin indicación de número de página, en Behme (2009; 2011: 306). La cursiva es de Behme.



“guiada más por una inclinación a dejar hablar a los hechos por sí mismos [...] que por una tendencia a ofrecer especulaciones tentadoras”. Dado que la historia de la lingüística se encuentra en su “estadio descriptivo” y no ha alcanzado todavía el “estadio teórico”, Koerner (19-20) estima que lo adecuado, aun a riesgo de ser tenido por positivista, es mantenerse apegado a la realidad factual.

El enfoque histórico de Chomsky ha sido rebatido desde presupuestos muy distintos. Un punto de vista interesante es el que expone el marxista Albrecht. Albrecht elogia los trabajos de N. Danielsen y G. F. Meier. Estos muestran, basándose en “un profundo conocimiento de lenguas no europeas”, que “el conglomerado entero de ideas chomskiano es lógica y epistemológicamente vacío, o sea, lingüísticamente falso”. De manera que, “resultando ser los análisis lingüísticos de Chomsky construcciones vacías, lógicamente no se puede pedir nada mejor a la fundamentación histórica de estos análisis” (Albrecht, 1975: 80). Según Albrecht (81), las concepciones lingüísticas de Chomsky son especulativas, y no son en absoluto nuevas ni originales. Chomsky opera con categorías lógicas, no lingüísticas; “sin embargo, no existe ninguna mediación directa entre estructuras gramaticales y lógicas”, y “[l]os medios de realización de las operaciones lógicas difieren considerablemente unos de otros desde un punto de vista lingüístico”. “Los rasgos semánticos universales, que corresponden a todas las lenguas, no han podido ser hasta ahora descubiertos. Chomsky realiza, por tanto, afirmaciones audaces sin poder no obstante probar nada”. La impugnación taxativa de Albrecht a la teoría lingüística de Chomsky le conduce a rechazar en bloque su visión histórica. Albrecht recorre el mismo camino que Chomsky, pero en sentido contrario: si este utiliza la historia para legitimar los supuestos epistemológicos de su teoría lingüística, aquel desmonta esta teoría lingüística para descalificar la visión histórica asociada. De todos modos, una razón de carácter estrictamente histórico que aduce este comentarista para el firme rechazo a *CL* es la ausencia de análisis de las relaciones sociales y económicas que hacen surgir al racionalismo. “Descartes era, por supuesto, racionalista, es decir, un representante del idealismo en la teoría del conocimiento”, admite Albrecht (80). Sin embargo, desde la perspectiva del materialismo histórico, “el racionalismo en el siglo XVII deberá valorarse como expresión de la mentalidad de una burguesía relativamente débil en Francia”.

CL ha sido considerada “una obra atrevida que ilustra la continuidad del pensamiento lingüístico” (Tuțescu, 1968: 179); “una clara demostración del hecho –discutido por algunos– de que entre la lingüística clásica y la moderna no hay un hiato, sino una rigurosa conexión, cuya esencia es la evolución”⁴³ (175). Como la propia cita indica, este mismo elemento ha sido impugnado por otros (en realidad, la inmensa mayoría de autores). Entraña un sentido importante en el que el subversivo Chomsky se muestra, paradójicamente, conservador en su manera de hacer historia, y es que está solo proponiendo una variante interesante de una historiografía tradicional que incide en la continuidad, semejanza y conexión de las ideas, en detrimento de la diferencia y discontinuidad. Ese género de discurso convencional impide ver sus limitaciones inherentes. En él, los métodos de análisis histórico y la elección de términos y conceptos (por ejemplo, romanticismo, progreso...) son hasta tal punto familiares que inducen a creer en ellos como en una guía hacia una realidad que está ahí fuera, en la historia, los autores

⁴³ Por “lingüística moderna” aquí se entiende no solo la gramática generativo-transformacional, sino también “los patrones estructurales, invariantes y tipos estructurales que tan a menudo se encuentran en las investigaciones de los descriptivistas [Nida (*Synopsis of English Syntax*) y Pike (*Taxemes and Immediate Constituents*)]” (Tuțescu, 1968: 178).

y los textos. Los historiadores intelectuales no sospechan que, cuando “explican una idea, están con frecuencia analizando un hábito de su propio pensamiento” (Cohen, 1977: xii).

“Si no oponemos resistencia a las anteojeras que nos colocan las convenciones de nuestro discurso, sucumbimos a historias que fomentan [la idea de] una marcha continua (que puede tener algunos obstáculos o algunos desvíos bien marcados, de elegante curva) que acaba por subsumirnos por el Camino. La historia intelectual de este género es una forma de autovalidación; funciona sometiendo el pasado a los términos o técnicas que suscribimos, o asumiéndolo como el comienzo de lo que hemos llegado a ser. La mayor parte de las historias intelectuales y literarias se suman a esta colonización del pasado; convierten a la historia en algo seguro para nuestra comprensión. Al final, puede que no estemos hablando de nada más que de nosotros mismos” (xii).

Una renovación en la visión de la historia necesita un cambio metodológico que habilite para interpretar en su carácter distintivo acontecimientos y transformaciones de pensamiento, no para satisfacer la necesidad de tradición y continuidad del público (xvi). La historia no tiene por qué convertir el pasado en un refugio seguro para el historiador, sino que ha de tratar de familiarizarle con su complejidad, riqueza y singularidad. No se trata, pues, de buscar en él confirmaciones de patrones explicativos consabidos, o bien comienzos, continuidades o finales respecto a figuras, ideas o acontecimientos “domesticados”. Tampoco se trata de buscar revoluciones o rupturas que nos separen de épocas pasadas. Según Cohen (xiii), un estudio riguroso de la historia debe evitar las limitaciones conceptuales y terminológicas al uso y disponerse a encontrar explicaciones del pasado no adaptadas a las concepciones vigentes (“to meet comparative strangers, not domesticated pets”), prepararse “para la divergencia además de para la similitud, para la discontinuidad tanto como para la coherencia”. Sin embargo, esta disposición no entra en contradicción con que “pueda esperarse del historiador que halle más casos de evolución y continuidad que de revolución y discontinuidad de ideas a lo largo de los siglos” (Koerner, 1993a: 17). Resulta obligado hacer referencia en este punto a la obra de Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (1962, 1970²), debido a su relevancia en el tema que desarrollamos. El libro de Kuhn fue singularmente influyente, no solo en lingüística, sino también en antropología y sociología, sobre todo por su hincapié en las discontinuidades en la evolución de la ciencia y por su exposición sobre la morfología de las revoluciones científicas. Aún hoy, sigue abierta la cuestión de hasta qué punto esta teoría puede resultar una guía válida para el historiador. En cualquier caso, sí parece desaconsejable la aplicación acrítica de las propuestas de Kuhn a la historia de la lingüística (Koerner, 1993a: 11). Conceptos como “paradigma”, “matriz disciplinar”, “ciencia normal” y “revolución científica” pueden revelarse todavía “útiles al historiador de la lingüística si este no explota la argumentación hasta un punto en que ya deja de tener sentido” (Koerner, 1989: 50).

Adoptando el punto de vista de Cohen con todas estas reservas, puede sostenerse que las investigaciones de Foucault (1966; 1967; 1969) y Chevalier (1968) propician la renovación en la visión histórica al acentuar el cambio epistemológico y la novedad en la historia del pensamiento. Como veremos más adelante, *Les mots et les choses* (1966) les concede a las obras de Port-Royal un papel central en una de las discontinuidades fundamentales que, a juicio de Foucault, pueden detectarse en la evolución de las ciencias humanas. Foucault “nos obliga a mirar a los documentos y acontecimientos del pasado, no como ilustraciones de lo que [...] se espera que «signifiquen», sino como expresiones independientes, específicamente coherentes, de una visión del mundo diferente de la nuestra” (Cohen, 1977: xviii). A nuestro juicio, Foucault presenta una versión drásticamente nueva de la historia de los saberes –aunque por supuesto debatible–, eficaz además como

propuesta historiográfica. La obra de Chevalier se circunscribe a investigar cómo se formó la noción de complemento y cómo y por qué se estableció la disciplina nueva de la sintaxis (Chevalier, 1968: 9). Como en Foucault, en Chevalier la *GGR* también constituye un hito en el período de la historia de las ideas gramaticales que estudia. Chevalier (332) examina las “mutaciones necesarias del pensamiento, la pedagogía, los hombres”,

“que desvelan la forma compleja y discontinua en que se se van admitiendo nuevos enfoques y técnicas. No sigue la pista del tiempo —explica Cohen—, sino el entretimiento de las ideas gramaticales, y las distintas texturas que descubre nos muestran lo que era pensable en diferentes épocas” (Cohen, 1977: xx-xxi).

La perspectiva historiográfica de Chevalier se resume en la observación con que concluye el capítulo que le dedica a la *GGR* en su libro: “La gramática de Port-Royal responde a dos nociones: tradición y revolución” (Chevalier, 1968: 537)⁴⁴.

Evaluando *CL* con los criterios de Cohen, hallamos que su enfoque no fomenta la necesaria evolución en los estudios historiográficos. Antes bien al contrario, en muchos otros sentidos que no es preciso reiterar aquí, representa un paso atrás. Se mueve en una calculada y oportunista ambigüedad entre las dos opciones de abordar la historia: la continuidad, por la que se decanta realmente, y la discontinuidad representada por la pretendida “revolución cartesiana”, por la que aparenta optar. *CL* puede leerse como el intento de Chomsky por transponer de manera muy superficial el esquema de Kuhn de las revoluciones científicas y de los paradigmas a su visión de la historia y a su propia teoría, una transposición retórica (cf. Koerner, 1989: 101-146) por medio de la cual Chomsky enviaba el mensaje subliminal de que la gramática generativa constituía un nuevo “paradigma”, es decir, una visión general, que eclipsa a la anterior, surgida de una conmoción en la evolución del saber —de una revolución. Fue así como muchos autores interpretaron el papel de Chomsky en la historia de la lingüística. Fue así como la teoría de Kuhn “suministró la ideología a un movimiento separatista” (Hymes, 1974: 10). En la historia de la lingüística, son habituales estos movimientos: el enfoque emergente trata de ganar la independencia institucional, académica, disciplinar, etc., por diversos medios (que el enfoque de Bourdieu [1975; 1980; 2001] del campo científico, ya expuesto en sus grandes líneas, explica mediante los conceptos de “estrategia de sucesión”, “estrategia de subversión”....). Como anticipamos, los medios o “tácticas” que pone en juego Chomsky se incardinan en la estrategia de subversión. Uno de ellos consiste en proponer teorías alejadas de las que planteaba la corriente vigente o precedente; otro en adoptar una ideología, como la kuhniana, que legitime, o al menos “intelectualice”, las aspiraciones de separación/predominio. Por ello, para juzgar adecuadamente la posición de preponderancia que Chomsky alcanzó y la aplicabilidad de la noción de paradigma a la misma, es importante tener en cuenta la matización de Hymes (1974: 10-11) orientada a diferenciar dicha noción de la *cyunosure* (foco o centro de atención)⁴⁵.

⁴⁴ “Nada [de Sanctius, Escalígero, etc.] se perderá en Port-Royal, [ya que] ahí va a suscitarse una revolución, y es con toda la intención como empleamos este término que significa «transformación completa» [...]. Se pasa de una gramática que estaba basada en un análisis de la expresión, que se consideraba que tenía correspondencia con categorías lógicas, a otra que se fundamenta en un análisis de las formas del contenido con objeto de fijar formas de expresión” (Chevalier, 1968: 538).

⁴⁵ En inglés, el término *cyunosure* designa a un objeto que atrae fuertemente la atención, que sirve de punto focal de atención. También designa a algo que sirve de guía o dirección. Etimológicamente, deriva de la denominación (latín *Cynosūra*, griego Κυνόσουρα) que se usó antiguamente para referirse a la constelación de la Osa Menor (que contiene la estrella Polar, que sirve de guía). Hoy en día, es otro

La noción de paradigma de Kuhn no es aplicable al enfoque vencedor de Chomsky en primer lugar porque aquella trataba de explicar la naturaleza del progreso científico (en las ciencias naturales), y no fue pensada para referirse a realidades sociales. En segundo lugar, tampoco lo es porque otras orientaciones y teorías persistieron, e incluso surgieron, durante el mismo período (en la imagen de una sucesión paradigmática unilineal, de un Einstein que sucede a Newton, no hay cabida para fenómenos como la convivencia o supervivencia de enfoques, la revitalización de teorías, etc.). Todo lo que se puede afirmar acerca del período considerado es que “cada enfoque dominante fue consecutivamente la «cinosura» de su disciplina”, que “sus participantes, y otros alrededor de ellos, tenían una *conciencia* de un cambio revolucionario, y que había de hecho una *comunidad paradigmática*”. “La comunidad paradigmática, sin embargo, nunca ha llegado a identificarse con el conjunto de la disciplina. [...] Sencillamente, cada nuevo «paradigma» no ha logrado instaurar la autoridad completa” (10).

Usado en lingüística, el término “paradigma” es engañoso. En el contexto del debate sobre *CL*, su uso (aunque no explícito, sí implícito) además produce un efecto paradójico, según Hymes (8). Se aclama la teoría lingüística de Chomsky calificándola de nuevo “paradigma” triunfante, y al mismo tiempo se ofrece como garantía y legitimación de la misma, con el propósito de afianzarla, una serie de valores acumulativos históricos (sepultados por siglo y medio de lo que se considera que han sido descarríos filosóficos). Así, la tradición cartesiana es presentada como aval de continuidad de una teoría que a la vez se reclama “revolucionaria”, instauradora de un “paradigma” que –como se espera de los paradigmas– eclipsa a su inmediato predecesor. En cualquier caso, el recurso a precedentes cartesianos o a cualquier otra tradición histórica carece de valor probatorio y confirmatorio alguno, y, destinado a los fines de que lo dota Chomsky, está fuera de lugar en una ciencia. Una razón adicional para cuestionar la aplicación de nociones de Kuhn, que, reiteramos, surgieron para explicar la historia de las ciencias físicas.

De nuevo, con ocasión de estas observaciones, hallamos en el uso chomskiano del pasado puntos de contacto, *mutatis mutandis*, con ciertos puntos de vista de la teoría de Bourdieu (1975: 38-39). De acuerdo con este autor, “la falsa ciencia destinada a producir y mantener la falsa conciencia” recurre a “la multiplicación de los signos externos de cientificidad” por medio de “la *exhibición tecnológica* ostentosa, en el lado «empírico»” (cf. el formalismo de la teoría lingüística de Chomsky), y de “la *retórica «neo»*, en el lado «teórico»”. La retórica “neo” “imita la acumulación [acumulatividad] científica aplicando a una obra o a un conjunto de obras del pasado el procedimiento típicamente académico de la «relectura»”, una operación que “logra producir todas las apariencias de la «revolución»”. Ahora bien, como hemos sugerido, esta teoría sociológica no se ajusta suficientemente a nuestro objeto de estudio. Es preciso especificar qué relación existe entre los fenómenos a que alude Bourdieu y el proyecto histórico de Chomsky. Con ser aplicable a *CL*, a nuestro juicio, el modelo que propone el sociólogo francés, no consigue, sin embargo, explicar por sí solo el tremendo impacto que ocasionó el libro. Bourdieu traza coordenadas fundamentales y generales para explicar ciertos hechos y cuestiones de sociología de la ciencia, pero el caso particular de *CL* las sobrepasa, y en cierto modo las contraviene, para crear un *género nuevo* de “*retórica de la cientificidad*” (“a través de la cual –en definición de Bourdieu– la «comunidad» dominante produce la creencia en el valor científico de sus productos y en la autoridad científica

nombre (“Cinosura”) para dicha constelación.

de sus miembros” y, “como todo círculo de legitimidad”, asimismo “produce un universo de creencia” en virtud de una “circulación circular de objetos, ideas, métodos y sobre todo signos de reconocimiento en el interior de una comunidad”: cf. la caracterización de Hall [1981/1987: 105] de la gramática generativa como religión). Es decir, *CL* cumple las funciones esenciales que le corresponden a la retórica de la cientificidad, pero no es “una operación paradigmáticamente escolar de simple reproducción”, que es como Bourdieu califica a la relectura de obras del pasado típica de la retórica “neo”. Por tanto, el “análisis sistemático” que reclama este autor de la retórica de la cientificidad y de sus estrategias debería extenderse hasta abarcar manifestaciones originales como la que representa *CL*.

CL es ante todo un proyecto lleno de retórica, un artefacto compuesto de dispositivos pragmáticos muy diversos, cada uno de ellos provisto de una serie de variados mecanismos sofisticados. Es retórico hasta en su mismo aliento de “revolución atávica” (Joseph, 2010). La teoría lingüística de Chomsky supuso en muchos sentidos una (contra)revolución que necesitó correlativamente una revolución atávica, una revolución que quebrantara todas las reglas que habían caracterizado la postura tradicional del intelectual ante sus predecesores. En lo que respecta al plano retórico, la ruptura deliberada de teorías, formas o métodos clásicos o tradicionales *CL* no la lleva a cabo, como se había hecho hasta ahora, mediante la ironía, la diatriba, o cualquier otra fórmula tradicional de distanciamiento, sino mediante la adhesión *total* a *otro* pasado más distante y su reinterpretación *total* con la perspectiva que da el tiempo. Chomsky procura distanciarse de la generación de lingüistas anteriores, pero no lo hace de manera directa, sino, y he aquí la originalidad de *CL*, “de una forma que no tiene precedentes, *adhiriéndose* incondicionalmente a la tradición representada por una serie de figuras anteriores a Bloomfield cuyas teorías considera que están más cerca de su propia comprensión del lenguaje” (10). Este es uno de los “muchísimos aspectos” en que *CL* es, según Joseph (11), “un libro extraordinario”. “Nunca podremos saber con certeza si el programa de Chomsky habría obtenido tanto éxito como obtuvo si sus enemigos no le hubieran hecho el favor de desacreditar la estructura histórica que tanto trabajo le había costado construir” (15).

Sea cual sea la consideración que merezca el enfoque historiográfico de Chomsky, ante todo hay que resaltar la capacidad que tuvo y sigue teniendo *CL* de suscitar controversia y de generar ideas entre los estudiosos. A la altura de 2009, se afirmaba, por ejemplo, que *CL*, cuestionable como historia, podría convertirse sin embargo en un material pedagógico excelente si se destina a motivar a los estudiantes a explorar teorías rivales y a abordarlas críticamente (Behme, 2009). Más denostada que alabada, prácticamente todas las reseñas coinciden en reconocer la función catalítica de la obra (Brekke, 1975: 334). Una función parecida cumplió la obra de Kuhn (1962, 1970²) sobre las revoluciones científicas. Acogida desde el principio entusiastamente, tuvo un impacto considerable en el debate acaecido a principios de la década de los 70 en torno a la epistemología y metodología de la historiografía lingüística (Koerner, 1993a: 5), siendo tal éxito debido en buena medida, también como el de *CL*, a sus mismos defectos (aunque a propósito del libro de Chomsky cabría hablar de impacto, y no tanto de éxito; a diferencia de *CL*, la obra de Kuhn fue unánimemente aclamada por un público más amplio, formado por intelectuales y científicos sociales, que no fue nunca consciente de sus defectos)⁴⁶.

⁴⁶ Quizá ese público no advirtió esas carencias entre otras razones porque la obra de Kuhn estaba pensada para las ciencias naturales.

2.2. Defensa del enfoque historiográfico de CL

Una parte significativa de los comentaristas de *CL* suele coincidir en establecer una serie de conclusiones que resumimos seguidamente. De acuerdo con el parecer de muchos autores, en una apreciación global, cabe atribuir la pervivencia de *CL* a que contiene lecturas renovadoras de autores poco estudiados e ideas derivadas de esas interpretaciones que son valiosas y fértiles en sí mismas. En este sentido, se ha cumplido el objetivo que se marcó Chomsky (1966: 3) de “evaluar la significación contemporánea de esta contribución y encontrar formas de sacarle partido para hacer avanzar el estudio del lenguaje”. A Chomsky debe reconocérsele la audacia al proponer hipótesis históricas novedosas y la decisión de poner al descubierto los límites de nuestros conocimientos actuales en esta área. Su contribución, discutida y discutible en diversos aspectos, logró que la comunidad científica cayera en la cuenta de la necesidad de una nueva manera de estudiar la dimensión histórica que se desprege del estilo “inmanente”, más tradicional, y se arriesgue, justo como hizo el lingüista estadounidense, a interpretar teorías antiguas a la luz de concepciones lingüísticas actuales (Brekle, 1975: 334). Si la consideración que merece un aporte científico se mide por su capacidad para abrir nuevos ámbitos de discusión, generando nuevas investigaciones que profundicen en un área de investigación dada, la obra de Chomsky ha de tenerse en alta estima.

Las observaciones que acabamos de exponer constituyen a grandes líneas la postura más consensuada entre los comentaristas, que coincide también en considerar que críticos como Aarsleff, Hall y Joly no entendieron que Chomsky no había querido escribir “una versión históricamente fiel de la lingüística” (Hildebrandt, 1976: 34)⁴⁷. Puesto que no todos los autores defienden estas tesis con los mismos argumentos, la misma convicción ni la misma energía, es pertinente recorrer la variedad de juicios que emitieron, desde el más contenido hasta el más vehemente. Agruparemos en tres bloques (a, b y c) las declaraciones de apoyo a *CL* y a su manera de enfocar la historia de los estudios del lenguaje.

- a) Los dictámenes que reunimos en este punto convienen en señalar la necesaria función de relectura de obras del pasado y de reexamen de la historia que cumple *CL*. Ciertos críticos de *CL* reconocen, “como gran mérito de Chomsky, la audacia al haber propuesto hipótesis históricas que estudiosos más pedestres no habrían tenido el valor de publicar” (Percival, 1972: 145). Según Uitti (1969: 80), “Chomsky muestra la urgente necesidad que tenemos de auténticos estudios históricos”. Al comparar *CL* y la obra de Donzé (1967, 1971²) sobre la *GGR*⁴⁸, Uitti (1969: 84) concluye:

Entre las mencionadas insuficiencias se cuentan “la falta de familiaridad con la obra de otros historiadores y filósofos de la ciencia, anteriores o coetáneos”, y “la imprecisión de muchas de las definiciones de Kuhn (que da pie a interpretaciones discrepantes de sus tesis)” (Koerner, 1993a: 5).

⁴⁷ Tras tildar a la tendencia de la literatura secundaria representada por Aarsleff, Hall y Joly de “estéril” y solo “interesante para una historia de la filosofía que distribuye etiquetas”, Hildebrandt (1976: 35) quiere concentrarse en indagar “por qué en la interpretación de Chomsky del cartesianismo se deslizan determinados errores”. Hildebrandt se propone averiguar la respuesta en los textos de Chomsky posteriores a *CL* (sin advertir que los errores que le preocupan son precisamente consecuencia del desdén hacia un estudio histórico riguroso que los críticos que él soslaya censuran en Chomsky).

⁴⁸ Esta obra es “más concienzuda que el ensayo, más atrevido, de C[homsky], [al] proporcionar una lectura más minuciosa, si bien menos imaginativa, sobre P[ort]-R[oyal]” (Uitti, 1969: 84).

“Aunque operan en diferentes longitudes de onda mentales, ambos autores le convencen a uno de que es muy necesaria una indagación más profunda en la historia de nuestra preocupación por el lenguaje. Tal investigación [...] debe seguir siendo ampliamente ecléctica: prevalecerán diferentes perspectivas cuando estos antecedentes los exploren diversos estudiosos”.

Por su parte, Miel (1969: 271) recalca que lo importante es que Chomsky “nos ha prestado un gran servicio a todos nosotros con su fresca lectura de las obras de Port-Royal, despejada del estrecho sesgo del descriptivismo puro”. Miel capitaliza el sentido del logro de Chomsky al incidir en “la importancia de aún otra nueva lectura de dichos libros, esta vez libre del sesgo del cartesianismo y de todo lo que implica de engorrosas nociones metafísicas y psicológicas”.

A Simone (1969: 120-121), “el procedimiento de *repêchage* en clave de actualidad” que muchos ponen en juego al abordar la *GGR* y la *LAP* le parece “completamente injustificado”. No obstante, de alguna manera, Simone (120, n. 74) exceptúa a Chomsky de este veredicto. Si bien Chomsky utiliza el mismo procedimiento de “repeca”, lo hace “con notable cuidado y reflexión”, y, “en cualquier caso, proporciona una interpretación unitaria y compacta de la gramática general”. En contraste, la versión que Brekle da de Port-Royal en dos de sus textos (1964; 1967) constituye una forma burda de interpretar las obras en cuestión. Estos dos artículos contienen muestras de un estilo de aproximación a textos del pasado que a fuerza de ponderar su importancia distorsiona su interpretación. En realidad, no son sino una exacerbación de la afección al anacronismo y al procedimiento “modernizador” que se observa en *CL*.

En un trabajo muy posterior, Simone (1995: 120) puntualiza que el procedimiento de “caza a los precursores” que pone en juego Chomsky “es fascinante justamente en la medida en que corre riesgos muy serios”.

“La gran cantidad de polémicas, incluso rabiosas, que [...] se desencadenaron tras la publicación de [*CL*] contribuyeron de manera muy brillante a poner de relieve los puntos débiles no solo de la operación de Chomsky, sino de cualquier operación del mismo género”.

Dentro del enfoque dirigido a la búsqueda de precursores, Simone (121) clasifica a la orientación de *CL* como “versión celebradora”, una interpretación de la historia que “se encuentra casi idéntica en el Hegel de las *Lecciones sobre la historia de la filosofía*”, y que presenta el pasado “como el anunciarse gradual de una teoría presente completa”⁴⁹. Es decir, en definitiva, es la desacreditada historia *whig*, que Simone juzga algo más benévolamente cuando le atribuye el mero papel de apoyo técnico de la historia erudita.

Las pruebas que aportan tanto Chomsky como Robin Lakoff (1969) son insuficientes, según Kretzmann (1975), para el fin que se proponen⁵⁰. Con todo, las mismas deficiencias de sus tesis constituyen su acierto,

⁴⁹ Dentro del enfoque centrado en la búsqueda de precursores, Simone (1995: 121) distingue también la “versión detractora”, personificada por Aristóteles, Sexto Empírico, Vico y Saussure, entre otros, que “representa el pasado como una mera serie de falsedades, al término de la cual finalmente se instala la Teoría Buena, que es la única posible formulación justa”.

⁵⁰ En concreto, a propósito de Robin Lakoff, Kretzmann (1975: 187) señala que sus afirmaciones, tomadas como criterio para reconocer a gramáticos generativos en la historia del pensamiento lingüístico, permiten la aparición de algunos candidatos inesperados y no deseados.

ya que los amplios criterios adoptados pueden estimular a los no lingüistas “a designar áreas que resulten más prometedoras para este mismo fin” (Kretzmann, 1975: 188-189). Kretzmann subraya la necesidad de examinar la auténtica naturaleza del homenaje que Chomsky rinde al pasado. Como hemos visto, su interés declarado no es académico sino partidista, es decir, motivado por su firme oposición al conductismo en lingüística. De ahí que fuerce la interpretación de las ideas sobre el lenguaje de ciertos autores “cartesianos” exagerando su cartesianismo y su “generativismo”. “Los reformadores hacen constantemente y legítimamente ese tipo de utilización del pasado” (177). El mismo aspecto que para otros es cuestionable e ideológico, es para Kretzmann señal de cierta grandeza. Kretzmann no considera acertadas las críticas que presuponen que *CL* haya de ser un estudio desapasionado y basado en una lectura muy atenta de los textos. Se debe tener en cuenta que, para los fines de Chomsky, es irrelevante que se puedan hallar en el pasado antecedentes históricos no cartesianos que anticipen más cabalmente que las obras de Port-Royal las ideas de la gramática transformacional (177-178). Sin embargo, Kretzmann (178, n. 4) admite que las aseveraciones históricas de Chomsky “son a veces innecesariamente rotundas” y requieren la clase de corrección que proveen estudios como el de Salmon (1969). Sin mencionar al autor de *CL*, pero claramente influido por él, Laborda (1981: 5, nota) asume su enfoque de la historia de la lingüística. Esta “no ha de ser nunca equiparada a la actividad arqueológica”. “El valor de las ideas antiguas depende de la situación actual del pensamiento lingüístico”. Un enfoque histórico que estudia ideas antiguas desde nuevas perspectivas es explicativo y vivificante, según Laborda, y se opone a las “meras taxonomías históricas”. “Tal es la razón de su absoluta necesidad”, concluye⁵¹.

- b) En un segundo bloque incluimos los informes que valoran *CL* como fuente de hipótesis, ideas y cuestiones y temáticas nuevas. Para Dominicy (1984: 14), “Chomsky, efectivamente, ha pecado por generalización apresurada”. “Pero sus adversarios tienden, de manera general, a sobrestimar la importancia de las declaraciones programáticas y a desatender el análisis interno de las teorías”. Según esta visión, Chomsky, al igual que Chevalier, escapa a las limitaciones impuestas por visiones estrechas de “una «historia de las ideas» que practica de buena gana el inductivismo o el convencionalismo”. (No así, sorprendentemente, la versión de Foucault, que Dominicy califica de “convencionalista”, porque, al ceñirse a reformular el saber acumulado por la erudición anterior, no nos permite evaluar el impacto propiamente lingüístico de Port-Royal. Sea como fuere, un intento *espontáneo*, como el de Dominicy, de evaluar la influencia de ideas y doctrinas suscita más problemas de los que resuelve: tal visión requiere, para ser operativa, el establecimiento de unas coordenadas epistemológicas fundamentales).

Una de las primeras reseñas de *CL* (Kampf, 1967: 404) reconoce los errores en la metodología de *CL* y duda de que sea una exposición mesurada y equilibrada; admite que le falta objetividad, o, lo que es peor, que selecciona sus ejemplos sobre la base de juicios de valor teóricos. Con todo, proclama (407) a *CL*, si no la más competente, sí la obra más importante en la historia de las ideas desde *The Great Chain of Being*

⁵¹ Hemos de aclarar que Laborda, en trabajos posteriores (2013; 2014: 79-83), ha criticado la versión de la historia de la lingüística de *CL* y su enfoque historiográfico. Aunque este autor (2014: 83) juzga “ambiciosa, didáctica y sugestiva” “[l]a vinculación que ha establecido Chomsky de la tradición cartesiana con su modelo en lingüística”, califica (81), alineándose con Aarsleff, el resultado global del libro de “muy decepcionante”.

(1936), de Lovejoy. Kampf (404) destaca que la importancia del hecho histórico estriba en el efecto que ejerce sobre nosotros, en cómo conforma nuestra actividad y en cómo clarifica nuestra visión del pasado. De ahí, la relevancia contemporánea que ha alcanzado esta obra de Chomsky y el vigor intelectual que encierra; de ahí, asimismo, que, desvelando problemas y cuestiones actuales en textos oscuros y con frecuencia olvidados, haya creado una tradición viva.

“A diferencia de lo que ocurrirá con algunos de nuestros estudios más juiciosos, sobre ella [CL] se tratará, debatirá y escribirá durante años. La historia de las ideas la han dominado demasiado tiempo historiadores eruditos que muestran escaso interés por las preocupaciones intelectuales de nuestra propia época; que, además, consideran que la verdad o falsedad de una idea es irrelevante. Ello conduce a un empobrecimiento de la perspectiva. La batalla del siglo XVII de los empiristas contra los racionalistas rara vez ha sido estudiada, por ejemplo, desde la óptica de la teoría actual del aprendizaje” (407-408).

Brekle (1975: 338-339), si bien reconoce que la crítica de Aarsleff es impecable desde un punto de vista histórico-metodológico, le reprocha a este autor que no se ocupe de juzgar las ideas lingüísticas contenidas en las interpretaciones de Chomsky. La tesis de Aarsleff (1971: 4) de que, como consecuencia de los errores que se descubren en CL, toda la doctrina de esta obra carece de coherencia y se desmorona, resulta aventurada a la vista de determinados pasajes en los que se ofrecen interpretaciones equilibradas e importantes de los textos que constituyen su objeto de estudio. Hay diversas formas de interpretar los textos de Port-Royal relativos a la lógica y la gramática, y la cuestión de esta variabilidad, la cuestión de que se dé precisamente esa interpretación y no otra, es justamente la que no aborda Aarsleff. Brekle cita las suyas (1964; 1967) –que, empero, ya hemos visto que resultan muy problemáticas– y la interpretación, más inmanente, que hace Donzé (1967) de la GGR. Simone (1990: 314-315) plantea una cuestión parecida al observar que las numerosas críticas lanzadas contra CL, “técnicamente justas, pero por lo general cicateras, olvidaban que [el] objetivo [de Chomsky] no era ofrecer una discusión filológicamente rigurosa [...], sino proveer de un sólido encuadre teórico a algunos capítulos de la historia del pensamiento lingüístico”. Es más, CL fue, según Simone, uno de los primeros trabajos en proponer “la necesidad de ampliar la perspectiva de estudio y de incluir en el ámbito de consideración de lo histórico a autores diversos y temáticas nuevas”, en la época “poco o mal relacionadas con preocupaciones lingüísticas (como el debate de la relación mente/cuerpo, el problema de la creatividad en el lenguaje, la relación hombre/animal/máquina, etc.)”. Es un hecho que CL supuso la reanudación moderna de los estudios sobre el pensamiento lingüístico de los siglos XVI y XVII, “y que muchas de las áreas de estudio ahora habitualmente estudiadas dentro de este ámbito fueron definidas, o por lo menos indicadas, en ese libro”.

c) Agrupamos en un tercer bloque las declaraciones de defensa y adhesión incondicionales a CL. Entre los autores que defienden de forma más convencida el enfoque de Chomsky figuran Bracken (1972) y Otero (1991) y, en fecha más reciente, Falk (2005) y McGilvray (2002; 2009)⁵². En contestación a los artículos de Aarsleff, Bracken (1972) argumenta que la crítica contenida en ellos es equivocada y falsa, ya que – sostiene– se puede discernir un grupo de ideas relacionadas con Descartes que justifican que Chomsky

⁵² Pasando por alto la ingente literatura, McGilvray (2009) opta por no debatir los juicios contrarios a CL. Falk (2005: 774), en una breve reseña de la segunda edición de CL, las califica de “críticas hostiles y malas interpretaciones”, sin explicar por qué, y concluye (775): “CL fue y sigue siendo la exposición más esclarecedora de las ideas racionalistas sobre la naturaleza esencial del lenguaje y la mente”.

pueda hablar de lingüística cartesiana. Chomsky, dice Bracken (11), ha dejado muy claro que no está escribiendo *la* historia de la lingüística: “Prosigue un estilo intelectual que [...] hace mucho tiempo Lovejoy hizo aceptable al demostrar su capacidad de iluminar nuestras ideas” (cf. Kampf, 1967: 407). La postura de Otero (1991: 49-53) no muestra fisuras. Este (49) quiere averiguar qué motivó que, ante la publicación de *CL*, “algunos guardianes de la «historia de la lingüística» (tal como ellos la entienden)” reaccionaran perdiendo los estribos. Según Otero, entraron en liza dos enfoques muy diferentes de la historiografía. En un tono apasionado y con una argumentación simplificadora, se nos dice (52) que “Chomsky es el paradigma del investigador racional”, y su enfoque, auténticamente científico. “[Chomsky] se halla claramente entre aquellos que siempre buscan los principios orientadores, las estructuras dominantes, las consecuencias más importantes”. Por eso, en su investigación, “buscaba principalmente lo que tiene valor para él en el siglo XVII” (51), tratando de entender las aportaciones más relevantes de la época mejor de lo que fueron entendidas en su momento. “No hace falta decir que este no es el proceder de la erudición humanística –recalca Otero–. El humanista típico tiende a moverse en una dirección muy diferente”. Frente a quienes tratan de conocer estructuras y principios ocultos, el humanista piensa que “todo hecho es precioso”. A partir de estas premisas, Otero (52) acaba por tachar a la erudición humanista de “medio seguro de garantizar que uno nunca entenderá nada”. Según Andrews (1979/1994: 907), los textos de Aarsleff (1970; 1971) –con su censura a Chomsky por “su ignorancia de la historia intelectual general de todo el periodo considerado” (Aarsleff, 1970: 573)– representan una reacción típica del estudioso humanista tradicional. Searle (1972/1994: 68) hace extensiva la “oposición fundamental” de los dos enfoques de la historiografía al conjunto de los saberes sociales y las humanidades y a la propia gramática generativa: frente a la “observación rigurosa de la conducta humana efectiva”, se sitúan “quienes creen que estas observaciones son interesantes solo en la medida en que nos desvelan leyes subyacentes ocultas”. “Freud, por ejemplo, figura en la segunda clase; la mayor parte de la ciencia social estadounidense, en la primera. Noam Chomsky se alinea, sin avergonzarse, con los buscadores de leyes ocultas”.

Lugar aparte (y final) merece la aportación de Foucault, porque tomó una doble dirección. A la vez que emitió un dictamen absolutamente favorable acerca de la perspectiva histórica asumida en *CL*, Foucault propuso, como Chomsky y al mismo tiempo que él, visiones peculiares sobre la *GGR* y la *LAP*. Foucault (1969/1994: 733) destaca que el lingüista descubre en Port-Royal la primera organización de una modificación profunda en la reflexión contemporánea sobre el lenguaje: “La gramática cartesiana ya no es solo para la lingüística actual una prefiguración extraña y lejana de sus objetos y procedimientos; forma parte de su historia específica; se inscribe en el archivo de sus transformaciones”. Según Foucault, Chomsky delimita, en un porvenir común para él y Port-Royal, el ámbito en el que el lenguaje sea analizado como una actividad creadora, y no ya como un conjunto limitado de elementos discretos y respectivamente oponibles y sustituibles. En lo que respecta a la renovación en la visión sobre Port-Royal, el estudio de Foucault (1967, 1969) acerca de la *GGR* puede leerse en clave de complemento a las páginas que escribió sobre la *LAP* y la gramática general en *Les mots et les choses* (1966). En ese libro, Foucault presentó su propia versión del período que estudiaba *CL*. En su interpretación “arqueológica” de las ciencias humanas, las obras de Port-Royal protagonizan un cambio de *episteme*, una mutación brusca del campo epistemológico, o del ámbito estructural sobre el cual se articulan todos los conocimientos en un período

dado. Hecho significativo o mera coincidencia, *Les mots et les choses* y *CL* se publicaron el mismo año, y las dos incluyen inusitados e influyentes desarrollos historiográficos referidos a unos mismos textos y a un mismo período. Sin embargo, ambas son obras muy distintas, además de por la divergencia de sus respectivos enfoques (*vid.* 2.1.), también por las versiones que presentan sobre Port-Royal: mientras Foucault privilegia el par lógica-gramática, Chomsky se decanta por el par gramática-psicología (Chevalier, 1970: 151). Con todo, las diferencias con Foucault realzan precisamente la estimación que tiene este autor de *CL*. Presentando una versión alternativa sobre Port-Royal y apoyando sin reservas la que propone Chomsky, Foucault sanciona más convincentemente que el más encendido elogio la legitimidad y validez de la concepción histórica de *CL*.

2.3. Reflexiones en torno a la “concepción de la historia” de Chomsky

“El modo de hacer historia de Chomsky” ha dado título al segundo apartado de este estudio. Significa lo mismo que “concepción de la historia”, pero no que “enfoque historiográfico”. Para llegar a comprender qué implica la primera, antes ha sido preciso describir el segundo a través del examen de las dos posiciones encontradas en torno al mismo. En este último subapartado, sugeriremos en qué consiste la concepción de la historia de *CL* y en qué sentidos es importante y recuperable. Con ella, Chomsky “hace historia” a su modo, fija un hito no solo historiográfico, sino sobre todo histórico. *CL* se volvió un objeto de estudio, como su autor pretendía. Pero no de la manera en que lo pretendió, ya que *CL* no forma parte de un paradigma nuevo en lingüística, sino que constituye una sección de la historia de las ideas, al modo en que lo es un Lovejoy: igual que él, queriendo historiar, se convirtió en objeto de historiación.

Debido a la posición de preeminencia que Chomsky alcanzó y a su presencia en los medios, la publicación de *CL* provocó un auge general de los estudios de historia de la lingüística y materias relacionadas (Hamans y Seuren, 2010: 392) (*cf.* Simone, 1995: 117). No podemos olvidar tampoco aquí el gran mérito *indirecto* de *CL* de haber revitalizado el interés por la *GGR*, una obra importante, como mostramos en un trabajo anterior (2017a), por la significación histórica e epistemológica que encierra el devenir de su publicación, recepción e influjo desde la génesis del texto hasta nuestros días. Como señala Laborda (2014: 82-83), la *GGR* “se convierte en una obra importante porque permite reflexionar e intervenir en las prácticas de la historiografía”. Considerado en sí mismo, el texto de Chomsky tuvo el beneficioso efecto de que historiadores de la filosofía y lingüistas empezaran a reconsiderar los problemas históricos en sus campos respectivos (Brekke, 1975: 334): problemas que tienen que ver, por enumerar solo unos pocos, tanto con el objeto de conocimiento (la periodización, la contextualización, la idea de influencia, de continuidad/discontinuidad, de evolución/revolución de las ideas y el conocimiento...) y el enfoque investigador (la cuestión del metalenguaje en la historiografía lingüística, de la orientación hacia los datos/orientación hacia la teoría...), como con el entorno del conocimiento (el clima de opinión, las nociones de *mainstream* y *undercurrent*, los factores sociales y psicológicos que condicionan o determinan el triunfo de una teoría y el declive de otra...) (Koerner, 1993a: 14)⁵³. En suma, como los análisis de Foucault, *CL* puso en candente primer término la cuestión del esencial carácter problemático que entrañan la

⁵³ Un examen de algunas de estas cuestiones y otras conexas puede encontrarse en la primera parte de la obra de Koerner (1989), titulada “Métodos y modelos en la historiografía lingüística” (pp. 3-146). Las cuestiones que aquí se han agrupado como pertenecientes al “entorno del conocimiento” pertenecen también, claro está, al ámbito del objeto del conocimiento.

historicidad y el cambio. Refleja esta preocupación, quizá desencadenada por *CL* y por Foucault, una propuesta de Koerner (1993a) que trata de solventar las dificultades epistemológicas y metodológicas a que se enfrenta constantemente la historiografía lingüística “mediante el establecimiento de una serie de principios teóricos y prácticos lo bastante generales para que reciban amplia aceptación entre los [estudiosos]” (21).

El análisis de la fallida versión que proporciona *CL* de la historia de la lingüística –tema abordado en un artículo precedente (2017b)–, junto con las cuestiones examinadas en el presente, señalan *in absentia* un mérito capital de esta obra de Chomsky. Aunque *CL* no pretendiera ni mucho menos ser una obra fundacional o programática, de hecho, en virtud de su configuración misma de bosquejo, de resultados inciertos, emplaza a elaborar fundamentos firmes para la constitución de una “historia del conocimiento” (ya que no de la historia de la lingüística, por su probado fracaso)⁵⁴ como área de confluencia disciplinar de distintas ramas historiográficas (filosófica, de la ciencia...). Por ejemplo, un primer paso en este quehacer viene propiciado de manera paradójica por la misma mezcla de enfoques característica de *CL*, que convierte en perentoria la doble labor de la diferenciación entre ellos y de la definición de su contacto interdisciplinar a través del desarrollo de principios y procedimientos comunes de investigación. Por decirlo en términos que pueden semejar una *boutade*: *CL* es mala historia, pero un peculiar tipo de mala historia que la vuelve a la postre buena. La originalidad de la obra reside en que sus mismas lagunas hacen que echemos en falta, con una eficacia que ninguna alusión habría logrado, una serie de elementos cruciales que se sitúan en un plano general epistemológico. En un sentido positivo, el efecto beneficioso que ejerce *CL* consiste en que, también igual que Foucault, promueve en el cultivo del conocimiento histórico la orientación hacia la generación de hipótesis y el conocimiento libre de restricciones y prejuicios. Por no mencionar el valor que hoy cobra la voluntad de recuperar la tradición intelectual en un mundo como el actual que pierde el apego y el contacto con ella en igual medida en que incrementa su afición deslumbrada a la novedad.

3. Conclusiones

Demos por sentado, de momento y provisionalmente, el tópico de que Chomsky llevó a cabo una “revolución” en la lingüística, una transformación que se caracterizó también por haber desbordado esa disciplina y por haber tenido “un efecto revolucionario en otras dos áreas: filosofía y psicología” (Searle, 1972/1994: 92). Pues bien, esa “revolución” o vuelco de los enfoques existentes sobre el lenguaje (Newmeyer, 1980: 19-59; 1986a: 66, 97) *CL* la trasladó aún a otro terreno. Chomsky persiste en desafiar los supuestos hegemónicos en los que se asienta la investigación lingüística, esta vez con una obra propagandística (incluso por su extensión) que amplía el radio de su acción subversiva a campos cognoscitivos contiguos. De modo coherente con el espíritu de “revolución”, *CL* removió las bases de la epistemología de las ciencias sociales, alterando la perspectiva tradicional que se tenía sobre el conocimiento. Y todo ello no necesariamente siempre para bien.

⁵⁴ Cf., específicamente para la historiografía de la lingüística, Koerner (1993a). Koerner (14) dice que esta disciplina “aún está lejos de disponer de un marco establecido y ampliamente practicado de principios de investigación”.

Sin duda, como Descartes, Chomsky “tiene un don para la polémica” (Sullivan, 1980: 198). Sin duda, como él, provocó una “revolución” (cf. Joly, 1972; 1977; Searle, 1972). Sin duda, también como él, ha sido un pensador discutido, y su revolución ha sido una revolución cuestionada (cf. Newmeyer, 1986b) o negada. O interpretada de manera extravagante. En una evaluación de qué significó la gramática generativa, Searle (1972/1994: 92) encarece la obra de Chomsky como “uno de los logros intelectuales más notables de la época actual, comparable en alcance y coherencia” al que obtuvo Freud. En cambio, en un juicio, más plausible, que también relaciona a Chomsky con el fundador del psicoanálisis, un crítico feroz de aquel observa que en la distinción de estructura profunda y superficial “hay un recurso al menos encubierto a la adhesión, actualmente extendida, a teorías freudianas y jungianas de «psicología profunda», que –independientemente de cuál sea su validez última– no tienen ningún lugar en el estudio del lenguaje” (Hall, 1969: 226, n. 66). Hoy, a nuestros ojos parece cuando menos arriesgado el paralelismo con Freud, fundador de una pseudociencia, o al menos de un saber de muy dudoso *status* científico, e instaurador de una contrarrevolución que reemplazó la psicología experimental, surgida oficialmente en 1879, por especulación desenfrenada (Bunge, 2010: 249).

Cincuenta años después de la publicación de *CL*, la comparación con Descartes y Freud lleva a plantear cuestiones controvertidas en sí mismas: ¿todo cambio drástico es revolucionario?; ¿no habría que diferenciar revolución en el saber de revolución en la cultura?; ¿qué es una revolución en el saber?; ¿qué condiciones ha de cumplir para ser un avance decisivo y no un grave retroceso? Una revolución en el saber, si es que tal cosa existe, implica una ruptura radical con el estado de cosas anterior y trae consigo un avance del conocimiento. ¿La revolución protagonizada por Chomsky lo fue realmente?; ¿son Chomsky y Descartes generadores de auténtico conocimiento, o solo de polémicas que crean ámbitos de discusión y reflexión?; ¿son solo instauradores de revoluciones aparentes? En otro estudio dedicado a *CL* (2017b), mostramos que Descartes no representó ninguna revolución en el ámbito de las ideas sobre el lenguaje. En el presente, hemos probado que Chomsky adopta de Descartes una visión contrarrevolucionaria en ciencia y que identifica quiméricamente en él aspectos políticos “ácratas”. Hemos señalado asimismo algunos de los modos en que la noción de “revolución” fue hábil y exitosamente manejada en la campaña de propaganda –de la que *CL* forma parte– dirigida a convertir en el enfoque dominante a la gramática generativa. Pocos de los que califican de “revolucionaria” a la teoría de Chomsky se han parado a pensar qué contenido e implicaciones tiene el término “revolución”. Como pone de relieve Koerner (1989: 106), son los no lingüistas (por ejemplo, Searle) quienes han hablado de la “revolución chomskiana en lingüística”. Por ello, no es extraño que irreflexivamente se le adjudique una posición radicalmente innovadora a la gramática generativa, sin detenerse a analizar si es debida al valor intrínseco de la teoría o a elementos extralingüísticos. Refirámonos a las conclusiones de dos autores que, entre muchos varios, sí emprendieron esa labor de análisis. Hymes (1974: 48-49) y otros sugieren que la pretendida “revolución” puede deberse en su mayor parte a factores sociales que tienen poco que ver con la teoría y su valor inherente, con su “poder explicativo”, la “robustez” de su dispositivo “generativo”, etc.; y Hall (1981/1987: 107, 110-111) atribuye el éxito de la gramática generativa a factores políticos y a que cumplía los criterios para constituir una ideología. Por todas estas razones, y otras que discute Koerner (1989: 101-146), es cuando menos debatible la aplicabilidad segura del término a los trabajos de Chomsky.

Más allá de cuestionamientos de gran calado, por justos que sean, de *CL* permanecen aspectos valiosos como son los interrogantes y problemas que forzó a plantear y que hoy deben formar parte del bagaje indispensable

del investigador en ciencias sociales. Como Bernstein (1967: 539) vio tempranamente, el entusiasmo que ha despertado la obra de Chomsky no se debe solo a sus contribuciones al estudio del lenguaje, sino también a las ramificaciones que tiene en cuestiones globales de epistemología y filosofía de la ciencia. A pesar de las deficiencias y los sesgos evidentes de *CL*, a pesar de que no consiguió todos sus fines, a pesar de que —o precisamente porque— mezcla los ámbitos prescriptivamente heterogéneos del conocimiento y del interés, no puede negarse la significación de su contribución intelectual. Con *CL*, Chomsky promueve la preocupación sobre qué condiciones debe reunir una investigación para ser relevante, y no solo búsqueda neutra del conocimiento. En una sociedad abierta, esas condiciones únicamente pueden establecerse respondiendo a arduas preguntas: ¿quién investiga, o debe investigar?, ¿cuándo investigar?, ¿para qué?, ¿por qué?

CL instauró otro tema de reflexión metacientífica: la historicidad del conocimiento en las ciencias sociales, la dinámica histórica no solo del objeto y método del conocimiento, sino también de su *sujeto*. Este es un tema del que aquí hemos proporcionado suficientes indicaciones y sugerencias, sin darle el tratamiento sistemático que sin duda corresponde a una investigación más extensa y ambiciosa. No obstante, en particular el tema de la historicidad del sujeto del conocimiento ha impulsado la realización de este artículo y ha de aparecer en las conclusiones finales. Está relacionado con la pregunta que se formuló en la introducción: ¿en virtud de qué elementos se llega a convertir en un clásico una obra de historia de la lingüística como *CL*, plagada de errores y defectos? Esta es la incógnita que nos hemos propuesto desentrañar a lo largo de estas páginas. Para despejarla, ofrecemos una respuesta dividida en dos puntos, que corresponden a órdenes distintos del mencionado ámbito de la historicidad de los sujetos del conocimiento (el autor y la comunidad de estudiosos). Por esta noción entendemos aquí todos aquellos procesos, no estudiados (al menos todavía) por la sociología de la ciencia, cuyos protagonistas son los individuos investigadores o la comunidad investigadora y que están relacionados con la producción, recepción y difusión del saber a lo largo del tiempo. (No entrarían en esta área, pues, por pertenecer a la sociología de la ciencia, temas tales como el papel de los factores *externos*, por ejemplo, sociopolíticos, en la aceptación o rechazo de teorías, y así lo hemos señalado en el caso de nuestro autor).

Pues bien, en primer lugar, en *CL* se dio una interacción compleja entre dos planos: la “dialéctica externa”, o “conflictos en un nivel sociocultural”, y la “dialéctica interior o filosófico-intelectual” (Sullivan, 1980: 199). La larga y a veces bronca controversia que suscitó *CL* no se explica solo por discrepancias sobre cuestiones intelectuales. Combinando los dos niveles dialécticos, Chomsky multiplicó con *CL* el alcance de la polémica hasta provocar una onda expansiva que ha llegado hasta el presente. Lo que es más, a la conjunción que se da entre estos dos planos viene a añadirse la debida al prestigio del autor y a la preponderancia que alcanzó su teoría lingüística. En una primera aproximación, pues, hay que atribuir el éxito de *CL* a la confluencia de estos cuatro elementos, cuya interacción dinámica produce efectos mayores que los de su simple suma.

Sin embargo, este éxito tal vez habría sido efímero si no hubiera además intervenido un segundo factor que tiene que ver con “la compleja recepción de su obra, tan compleja de hecho que los enemigos pudieron acabar como colaboradores involuntarios” (Joseph, 2010: 16). Si *CL* ha llegado a convertirse en un referente indispensable y duradero, se ha debido en última instancia al *carácter* que siempre han revestido las reacciones frente a la obra de la comunidad de estudiosos y comentaristas, que enseguida se aplicaron a la tarea de rehacer el texto que tenían ante sí. A partir de la materialidad del texto de *CL*, y desde su misma publicación, dicha

comunidad ha ido construyendo, con sus comentarios, análisis, críticas y enmiendas, un clásico, sin que por su parte mediara nunca propósito, y muchas veces muy a su pesar. El intenso diálogo que se generó entre la literalidad de la obra y los intérpretes y la tupida red de controversia que enseguida se tejió entre estos, contribuyeron a seguir alimentando la polémica y el intercambio de ideas. A tal punto, que a la postre es difícil discernir quién tiene la razón de su parte. Sin embargo, décadas después, se puede asegurar que ese decurso no fue bizantinismo, sino un fenómeno dinamizador del progreso del conocimiento en las humanidades. La presente investigación aspira a contarse entre las consecuencias de esa estela potenciadora.

CL no es, pues, un clásico en sí mismo, en sentido material y convencional. Tal rango le viene dado porque, como si de un palimpsesto se tratara, al texto de *CL* se le ha superpuesto otra composición. *CL* son apuntes que han sido y son reescritos continuamente sobre las bases y con los mimbres que ellos mismos proporcionan. Como otros libros de la misma época (Kuhn, 1962, 1970²; Foucault, 1966), *CL* se convirtió en una obra paradigmática debido a su *openendedness* (Koerner, 1993a: 5). El carácter de “esbozo preliminar y fragmentario” que el autor le reconoció es un indicio más de esta “apertura” que posee el texto. Se diría que está invitando expresamente a que lo completemos, y el hecho es que, al terminar el estudio de *CL*, no encontramos respuestas definitivas, sino que nos seguimos hallando, como al comienzo, ante un discurso construido y reconstruido entre todos sin cesar, el resultado siempre provisional de la proyección interpretativa sobre un ámbito lleno de carencias, interferencias, indeterminaciones, zonas de legibilidad dudosa, tergiversaciones y flagrantes yerros (en este sentido, reforzó el fenómeno la inhibición de Chomsky de la polémica). La propia palabra “reconstrucción” evoca asimismo una connotación de trabajo en común, con su doble acepción de recuperación y reparación. De este modo, incluso las críticas más destructivas o erradas resultaron constructivas y afortunadas, porque permitieron a otros restituir, confirmar, corregir, reinterpretar. *CL* se ha configurado como un ejemplo de labor comunitaria que da sus frutos al modo de la “mano invisible” de Adam Smith.

Toda la bibliografía sobre *CL* contribuyó a edificar la figura, leyenda y mito de Chomsky historiador y de *CL* como obra transgresora en la historia de la lingüística. Autor influyente y texto ambicioso, audaz e imperfecto se conjuraron para producir una inmensa literatura que reconstituye cada vez el sentido de uno y otro. Nada más y nada menos que en virtud de este aspecto cooperativo puede *CL* ser considerado clásico.

Javier Pamparacuatro Martín

Universidad del País Vasco

javier.pamparacuatro@ehu.eus



Referencias bibliográficas

- Aarsleff, Hans (1970): "The History of Linguistics and Professor Chomsky", *Language*, 46, pp. 570-585.
- (1971): "'Cartesian Linguistics': History or Fantasy?", *Language Sciences*, 17, pp. 1-12.
- (1974): "The Tradition of Condillac: The Problem of the Origin of Language in the Eighteenth Century and the Debate in the Berlin Academy before Herder", Dell Hymes (ed.) (1974): pp. 93-156.
- Alarcos Llorach, Emilio (1970, 1984³): *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid: Gredos.
- Albrecht, Erhard (1975): Reseña *Cartesiansche Linguistik* (ed. alem., 1971), *Zeitschrift für Phonetik, Sprachwissenschaft und Kommunikationsforschung*, 28, pp. 80-81.
- Andrews, Ilse (1979): "Some Critics of Chomskyan Theory Reviewed", *Studies in Language*, 3, pp. 439-452. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 904-918].
- Arnauld, Antoine y Lancelot, Claude (1966) [1676]: *Grammaire générale et raisonnée ou La Grammaire de Port-Royal*, éd. critique présentée par Herbert E. Brekle (T. I, Nouvelle impression en facsimilé de la troisième édition de 1676; T. II, Variantes, annotations), Stuttgart/Bad Cannstatt: Frommann-Holzboog.
- (1975) [1676]: *General and Rational Grammar: The Port-Royal Grammar*, ed. and transl. by Jacques Rieux and Bernard E. Rollin, The Hague: Mouton.
- y Nicole, Pierre (1965) [1683]: *La Logique ou l'Art de Penser*, éd. critique par Pierre Clair et François Girbal, Paris: Presses Universitaires de France.
- Banerji, Sharbani (2003): Review of Chomsky (1966, 2002²), *Linguist List*, 14.2061 (Jul 31 2003). Disponible en: <<https://linguistlist.org/issues/14/14-2061.html>>. [Consultado el 12 de septiembre de 2016].
- Barsky, Robert F. (1997): *Noam Chomsky: A Life of Dissent*, Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Behme, Christina (2009): Review of Chomsky (1966, 2009³), *Metapsychology Online Reviews*, 13:36 (Sep 1st 2009). Disponible en: <http://metapsychology.mentalhelp.net/poc/view_doc.php?type=book&id=5110&cn=394>. [Consultado el 19 de septiembre de 2016].
- (2011): *Cartesian Linguistics: From Historical Antecedents to Computational Modeling*. Disponible en: <<http://www.collectionscanada.gc.ca/obj/thesescanada/vol2/NSHD/TC-NSHD-14099.pdf>>. [Consultado el 28 de septiembre de 2016]. [Reed. (2014): *Evaluating Cartesian Linguistics: From Historical Antecedents to Computational Modeling*, Frankfurt am Main: Peter Lang].
- Bernstein, Richard J. (1967): Review of Chomsky 1966, *The Review of Metaphysics*, 20, p. 539.
- Bourdieu, Pierre (1975): "The Specificity of the Scientific Field and the Social Conditions of the Progress of Reason", *Social Science Information*, 14: 6, pp. 19-47. [Reed. con modif. ("Le champ scientifique") (1976): *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2, nº 2-3, pp. 88-104. Tr. esp. ("El campo científico") (2000): *Los usos sociales de la ciencia*, Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 11-57].
- (1980): *Questions de sociologie*, Paris: Minuit.
- (2001): *Science de la science et réflexivité*, Paris: Raisons d'agir. [Tr. esp. (2003): *El oficio del científico: ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona: Anagrama].
- Bouveresse, Jacques (1979): "La linguistique cartésienne: Grandeur et décadence d'un mythe", *Critique*, 35, No. 384, pp. 420-428.

- Bracken, Harry M. (1970): "Chomsky's Variations on a Theme by Descartes", *Journal of the History of Philosophy*, 8, pp. 181-192. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 876-889].
- (1972): "Chomsky's Cartesianism", *Language Sciences*, 22, pp. 11-17. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 890-903].
- (1973a): "Essence, Accident, and Race", *Hermathena*, 116, pp. 81-96.
- (1973b): "Minds and Learning: the Chomskian Revolution", *Metaphilosophy*, 4, pp. 229-245. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. I, pp. 95-109].
- (1978): "Philosophy and Racism", *Philosophia*, 8, pp. 241-260.
- Brekle, Herbert E. (1964): "Semiotik und linguistische Semantik in Port-Royal", *Indogermanische Forschungen*, 69, pp. 103-121.
- (1967): "Die Bedeutung der Grammaire Générale et raisonnée – bekannt als Grammatik von Port-Royal – für die heutige Sprachwissenschaft", *Indogermanische Forschungen*, 72, pp. 1-21.
- (1969): Review of Chomsky 1966, *Linguistics*, 49, pp. 74-91. [También (1969): *Linguistische Berichte*, 1, pp. 52-66].
- (1975): "The Seventeenth Century", Thomas A. Sebeok (ed.), *Current Trends in Linguistics*, Vol. XIII, *Historiography of Linguistics*, T. 1, The Hague/Paris: Mouton, pp. 277-382.
- Breva-Claramonte, Manuel (1983): *Sanctius' Theory of Language. A Contribution to the History of Renaissance Linguistics*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- Bunge, Mario (1998): *Social Science under Debate: A Philosophical Perspective*, Toronto: University of Toronto Press.
- (2010): *Matter and Mind: A Philosophical Inquiry*, Dordrecht: Springer.
- Butterfield, Herbert (1931): *The Whig Interpretation of History*, London: G. Bell & Sons. [Reimpr. (1968)].
- Chevalier, Jean-Claude (1968): *Histoire de la syntaxe. Naissance de la notion de complément dans la grammaire française (1530-1750)*, Genève: Droz.
- (1970): "L'histoire de la grammaire. Quelques ouvrages récents", *Revue Romane*, 5, pp. 145-158.
- Chomsky, Noam (1959): "A Review of B. F. Skinner's *Verbal Behavior*", *Language*, 35, pp. 26-57. [Reed., Jerry A. Fodor y Jerrold J. Katz (comps.) (1964): *The Structure of Language: Readings in the Philosophy of Language*, Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, pp. 547-578; John P. de Cecco (comp.) (1967): *The Psychology of Language, Thought, and Instruction*, New York: Holt, Rinehart and Winston].
- (1966): *Cartesian Linguistics. A Chapter in the History of Rationalist Thought*, New York: University Press of America. [Tr. esp. (1969): *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista*, Madrid: Gredos].
- (1966, 2002²): *Cartesian Linguistics*, 2nd ed., ed., with an intr. by J. McGilvray, Christchurch, New Zealand: Cybereditions.
- (1966, 2009³): *Cartesian Linguistics*, 3rd ed., ed. with a new intr. by J. McGilvray, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1969): "Linguistics and Politics", *New Left Review*, p. 57.
- (1979): *Language and Responsibility*, New York: Pantheon.
- (1987): *The Chomsky Reader*, ed. J. Peck, New York: Pantheon.
- (1995): "Language and Nature", *Mind*, 104, pp. 1-61.

- (1997): “Knowledge of History and Theory Construction in Modern Linguistics”, *Chomsky no Brazil/Chomsky in Brazil* (= *Revista de Documentação de Estudos em Lingüística Teórica e Aplicada*), 13 (Nº especial), São Paulo: D.E.L.T.A., pp. 103-122 (seguido de discusión, pp. 123-128).
- (2006): “Biolingüística y capacidad humana”, *Forma y función*, 19, pp. 57-71.
- Cohen, Murray (1977): *Sensible Words: Linguistic Practice in England 1640-1785*, Baltimore/London: The Johns Hopkins University Press.
- Danto, Arthur C. (1975): “Preface”, Antoine Arnauld y Claude Lancelot, *General and Rational Grammar*, pp. 11-17.
- Descartes (1996) [1897-1913]: *Œuvres de Descartes*, publiées par Charles Adam et Paul Tannery, Paris: Librairie Philosophique J. Vrin. (13 vols.).
- Dominicy, Marc (1984): *La naissance de la grammaire moderne: Langage, logique et philosophie à Port-Royal*, Bruxelles: Mardaga.
- Donzé, Roland (1967, 1971²): *La Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal. Contribution à l’histoire des idées grammaticales en France*, Berne: Francke. [Tr. esp. (1970): *La gramática general y razonada de Port-Royal. Contribución a la historia de las ideas gramaticales en Francia*, Buenos Aires: Eudeba].
- Elders, Fons (ed.) (1974): *Reflexive Water: The Basic Concerns of Mankind*, London: Souvenir Press.
- Falk, Julia S. (2005): Review of Chomsky (1966, 2002²), *Language*, 81, pp. 774-775.
- Foucault, Michel (1966): *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, Paris: Gallimard. [Tr. esp. (1968): *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México: Siglo Veintiuno].
- (1967): “La Grammaire Générale de Port-Royal”, *Langages*, 7, pp. 7-15.
- (1969): “Introduction”, *Grammaire générale et raisonnée*, Paris: Republications Paulet, pp. iii-xxvii. [Versión ampliamente modificada del trabajo anterior (Foucault, 1967). Reed. (1994): *Dits et écrits 1954-1988 par Michel Foucault*, éd. établie sous la dir. de Daniel Defert et François Ewald avec la collab. de Jacques Lagrange, Vol. I, 1954-1969, Paris: Gallimard, pp. 732-752].
- Goldberg, Elkhonon (2005): *The Wisdom Paradox: How Your Mind Can Grow Stronger as Your Brain Grows Older*, New York: Gotham Books. [Tr. esp. (2014): *La paradoja de la sabiduría: cómo la mente puede mejorar con la edad*, Barcelona: Crítica].
- Habermas, Jürgen (1968, 1973): *Erkenntnis und Interesse*, Frankfurt am Main: Suhrkamp. [Tr. esp. (1982, 1989): *Conocimiento e interés*, Madrid: Taurus].
- Hall, Robert A. (1969): “Some Recent Studies on Port-Royal and Vaugelas”, *Acta Linguistica Hafniensia*, 12, pp. 207-233. [Reed., Robert A. Hall (1987): pp. 9-31].
- (1977): “Some Critiques of Chomskyan Theory”, *Neuphilologische Mitteilungen*, 78, pp. 86-95. [Reed., Robert A. Hall (1987): pp. 80-88].
- (1981): Review of Newmeyer (1980), *Forum Linguisticum*, 6, pp. 177-188. [Reed., Robert A. Hall (1987): pp. 103-112].
- (1987): *Linguistics and Pseudo-linguistics: Selected Essays 1965-1985*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- Hamans, Camiel y Seuren, Pieter A. M. (2010): “Chomsky in Search of a Pedigree”, Douglas A. Kibbee (ed.) (2010): pp. 377-394.

- Hannaford, Reginald Lee (1970): "Animadversions on Some Recent Speculations concerning the Contemporary Significance of 'Cartesian Linguistics'", *Actes du Xe Congrès International des Linguistes (Bucarest, 28 août-2 sept. 1967)* II, Bucarest: Éditions de la Académie de la République Socialiste de Roumanie, pp. 247-251 (seguido de discusión, pp. 251-254).
- Harman, Gilbert (1968): Review of Chomsky 1966, *The Philosophical Review*, 77, pp. 229-235. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 850-855].
- Harris, Randy Allen (1993): *The Linguistics Wars*, New York/Oxford: Oxford University Press.
- Herman, Edward S. y Chomsky, Noam (1988): *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*, New York: Pantheon Books.
- Hildebrandt, Rudolf (1976): *Cartesiansche Linguistik: eine Analyse der Sprachauffassung Noam Chomskys*, Frankfurt: Peter Lang; Bern: Herbert Lang.
- Hymes, Dell (ed.) (1974): *Studies in the History of Linguistics: Traditions and Paradigms*, Bloomington/London: Indiana University Press.
- Joly, André (1972): "Cartésianisme et linguistique cartésienne: Mythe ou réalité?", *Beiträge zur romanischen Philologie*, 11, pp. 86-94.
- (1977): "La linguistique cartésienne: une erreur mémorable", André Joly y Jean Stéfanini (eds.), *La grammaire générale: Des modistes aux idéologues*, Villeneuve-d'Asq: Publications de l'Université de Lille III, pp. 165-199.
- Joseph, John E. (2002): *From Whitney to Chomsky: Essays in the History of American Linguistics*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- (2010): "Chomsky's Atavistic Revolution (with a little help from his enemies)", Douglas A. Kibbee (ed.) (2010): pp. 1-18.
- Kampf, Louis (1967): Review of *Cartesian Linguistics*, by N. Chomsky, *College English*, 28, pp. 403-408. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 841-849].
- Kibbee, Douglas A. (ed.) (2010): *Chomskyan (R)evolutions*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- Koerner, E. F. Konrad (1978): *Western Histories of Linguistic Thought: An Annotated Chronological Bibliography (1822-1976)*, Amsterdam: Benjamins.
- y Tajima, Matsuji (comps.) (1986): *Noam Chomsky: A Personal Bibliography, 1951-1986*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- (1989): *Practicing Linguistic Historiography*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- (1993a): "Persistent Issues in Linguistic Historiography", Kurt R. Jankowsky (ed.), *History of Linguistics 1993. Papers from the sixth international conference on the history of the language sciences (ICHoLS VI). Washington D. C., 9-14 August 1993*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins, pp. 3-25. [Reed. rev., E. F. Konrad Koerner (1995): pp. 3-26].
- (1993b): "The Problem of Metalanguage in Linguistic Historiography", *Studies in Language*, 17: 1, pp. 111-134. [Reed. en versión rev. y ampliada ("Metalanguage" in Linguistic Historiography"), E. F. Konrad Koerner (1995): pp. 27-46].
- (1995): *Professing Linguistic Historiography*, Amsterdam/Philadelphia: Benjamins.
- Kretzmann, Norman (1975): "Transformationalism and the Port-Royal Grammar", Antoine Arnauld y Claude Lancelot, *General and Rational Grammar*, pp. 176-197.

- Kuhn, Thomas S. (1962, 1970²): *The Structure of Scientific Revolutions*, 2nd enl. ed., Chicago: University of Chicago Press. [Tr. esp. (1971): *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica].
- Laborda Gil, Javier (1981): *Racionalismo y empirismo en la lingüística del siglo XVII (Port-Royal y Wilkins)* (resumen de tesis doctoral), Barcelona: Universidad de Barcelona.
- (2013): *El anzuelo de Platón: cómo inventan los lingüistas su historia*, Barcelona: UOC.
- (2014): “La gramàtica de Port-Royal i la visibilitat de la història de la lingüística”, *Llengua & Literatura*, 24, pp. 55-85.
- Lakoff, George (1973): “Deep Language”, *The New York Review of Books*, February 8.
- Lakoff, Robin (1969): “*La Grammaire générale et raisonnée, ou la grammaire de Port-Royal*” (reseña de la GGR, ed. de Brekle), *Language*, 45, pp. 343-364. [Reed., Herman Parret (ed.) (1976): pp. 348-373].
- Lamb, Sydney (1967): Review of A. N. Chomsky: *The Logical Basis of Linguistic Theory and Aspects of the Theory of Syntax*, *American Anthropologist* NS, 69, pp. 411-415.
- Locke, John (1952) [1690]: *An Essay Concerning Human Understanding*, Chicago: Encyclopaedia Britannica. [Tr. esp. (1980): *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Madrid: Editora Nacional].
- Lovejoy, Arthur O. (1936): *The Great Chain of Being: A Study in the History of an Idea*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press. [Reimpr. (1970): New York: Harper & Row]. [Tr. esp. (1983): *La gran cadena del ser*, Barcelona: Icaria].
- McGilvray, James (2002): “Introduction for Cybereditions”, Noam Chomsky (1966, 2002²): pp. 7-44.
- (2009): “Introduction to the third edition” y “Notes”, Noam Chomsky (1966, 2009³): pp. 1-52, pp. 109-117.
- Meisel, Jürgen M. (1974): “On the Possibility of a Non-Cartesian Linguistics”, *Linguistics*, 122, pp. 25-38.
- Miel, Jan (1969): “Pascal, Port-Royal, and Cartesian Linguistics”, *Journal of the History of Ideas*, 30, pp. 261-271.
- Moro, Andrea (2008): *The Boundaries of Babel: The Brain and the Enigma of Impossible Languages*, Foreword by Noam Chomsky, Transl. from Italian by Ivano Caponigro and Daniel B. Kane, Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Newmeyer, Frederick J. (1980): *Linguistic Theory in America: The First Quarter-Century of Transformational Generative Grammar*, New York: Academic Press. [Tr. esp. (1982): *El primer cuarto de siglo de la gramática generativo-transformatoria*, Madrid: Alianza].
- (1986a): *The Politics of Linguistics*, Chicago: The University of Chicago Press.
- (1986b): “Has There Been a ‘Chomskyan Revolution’ in Linguistics?”, *Language*, 62, pp. 1-18. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 919-940].
- Otero, Carlos P. (1991): “The Cognitive Revolution and the Study of Language: Looking Back to See Ahead”, Héctor Campos y Fernando Martínez-Gil (eds.), *Current Studies in Spanish Linguistics*, Washington DC: Georgetown University Press, pp. 3-69.
- (ed.) (1994): *Noam Chomsky: Critical Assessments*, Vol. II, *Philosophy*, London/New York: Routledge.
- Pamparacuatro Martín, Javier (2017a): “El devenir de la *Grammaire générale et raisonnée* y su significación histórico-epistemológica”, *Lingüística en la Red*, 14, pp. 1-40.
- (2017b): “La *Lingüística cartesiana* de Noam Chomsky (Parte I): Un error histórico”, *Lingüística en la Red*, 15, pp. 1-46.

- Pariante, Jean-Claude (1975): "Grammaire générale et grammaire générative", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 5-6, pp. 36-49. [Reed. con modif. (1985): *L'analyse du langage à Port-Royal. Six études logico-grammaticales*, Paris: Minuit, pp. 17-48].
- Parret, Herman (ed.) (1976): *History of Linguistic Thought and Contemporary Linguistics*, Berlin/New York: de Gruyter.
- Percival, Walter Keith (1972): "On the Non-Existence of Cartesian Linguistics", Ronald Joseph Butler (ed.), *Cartesian Studies*, Oxford: Blackwell, pp. 137-145.
- Putnam, Hilary (1967): "The 'innateness hypothesis' and explanatory models in linguistics", *Synthese*, 17, pp. 12-22.
- Rieux, Jacques y Rollin, Bernard E. (1975): "Translators' Introduction", Antoine Arnauld y Claude Lancelot, *General and Rational Grammar*, pp. 18-33.
- Salmon, Vivian G. (1969): Review of Chomsky 1966, *Journal of Linguistics*, 5, pp. 165-187. [Reed. (1979): *The Study of Language in Seventeenth Century England*, Amsterdam: Benjamins, pp. 62-85].
- Salus, Peter H. (1976): "Universal Grammar 1000-1850", Herman Parret (ed.) (1976): pp. 85-101.
- Sampson, Geoffrey (1979): *Liberty and Language*, Oxford: Oxford University Press.
- Searle, John R. (1972): "Chomsky's Revolution in Linguistics", *The New York Review of Books*, June 29, pp. 16-24. [Reed., Gilbert Harman (ed.) (1974): *On Noam Chomsky: Critical Essays*, Garden City, NY: Anchor Books, pp. 2-33; Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. I, pp. 68-94].
- Simone, Raffaele (1969): "Introduzione", *Grammatica e Logica di Port-Royal*, Roma: Ubaldini, pp. viii-xlvi. [Reed. ("Grammatica e logica di Port-Royal") (1992): *Il sogno di Saussure. Otto studi di storia delle idee linguistiche*, Roma/Bari: Laterza, pp. 93-132].
- (1990): "Seicento e Settecento", Giulio C. Lepschy (ed.), *Storia della linguistica*, Vol. II, Bologna: Il Mulino, pp. 313-395. (3 vols.).
- (1995): "Purus Historicus est Asinus. Quattro modi di fare storia della linguistica", *Lingua e stile*, 30, pp. 117-126.
- Sullivan, John J. (1980): "Noam Chomsky and Cartesian Linguistics", R. W. Rieber (ed.), *Psychology of Language and Thought: Essays on the Theory and History of Psycholinguistics*, New York/London: Plenum Press.
- Thomas, Margaret (2004): *Universal Grammar in Second Language Acquisition: a History*, London/New York: Routledge.
- Thompson, J. S. (1969): "The Reactionary Idealist Foundation of Noam Chomsky's Linguistics", *Literature and Ideology*, 4, pp. 1-20.
- Torrego, Esther (1972): Reseña *Lingüística cartesiana* (ed. esp.), *Revista Española de Lingüística*, 2, pp. 217-220.
- Tuțescu, Mariana (1968): Review of Chomsky 1966, *Revue Roumaine de Linguistique*, 13, pp. 175-179.
- Uitti, Karl D. (1969): "Descartes and Port-Royal in Two Diverse Retrospects", *Romance Philology*, 23, pp. 75-85.
- Verhaar, John W. M. (1971): "Philosophy and Linguistic Theory", *Language Sciences*, 14, pp. 1-11.
- Whitehead, Alfred North (1958) [1925]: *Science and the Modern World: Lowell Lectures, 1925*, New York: The New American Library.
- Zimmer, Karl E. (1968): Review of Chomsky 1966, *International Journal of American Linguistics*, 34, pp. 290-303. [Reed., Carlos P. Otero (ed.) (1994): Vol. II, T. II, pp. 856-875].